DOSSIER

La España de DON QUIJOTE

Grabado de Andreas Bretschneider para una edición del *Quijote*, en Dresde en 1613.

52. **Tiempos plurales**
Pedro García Martín

54. **Todos somos el Quijote**
Manuela Citoler

58. **La década literaria**
José María Díez Borque

64. **A caballo entre dos mundos**
Carlos Martínez Shaw

71. **La sociedad de los caminos**
Pedro García Martín

76. **Bajo el signo de la contrarreforma**
Ricardo García Cárcel

A caballo entre dos siglos, el XVI y el XVII, dos reinados y dos códigos distintos del honor, el *Quijote* recorrió los caminos de España en una andadura de la que este año se cumple el cuarto centenario y sobre la que se anuncian decenas de actos conmemorativos. Cinco especialistas viajan en este Dossier junto al personaje literario para asomarse a la sociedad de su tiempo, la escena intelectual, la coyuntura política y los valores morales de una época que tuvo en Cervantes a su mejor cronista

Tiempos PLURALES

Con un pie en el reinado de Felipe II y otro en el de Felipe III, en el tránsito del auge económico a la crisis y entre dos categorías culturales, el Renacimiento y el Barroco, **Pedro García Martín**, coordinador de este Dossier, defiende que no cabe situar al *Quijote*, el personaje que devoró a su autor, en un momento único y estático

Escribo en plural. Los tiempos del *Quijote*. El tiempo próximo. El tiempo pasado. Cierta historiografía, ceñida a criterios culturales, se hizo deudora de una cronología secular. Por eso, bautizaba a las épocas pretéritas con el nombre de escritores y artistas singulares: "El siglo de Miguel Ángel", "El siglo de Shakespeare", "El siglo de Velázquez", etc. De hecho, "El Siglo de Oro" es ya un lugar común para denominar a un período histórico en el que un país goza de su máximo esplendor. Aunque no siempre coincidan en ese apogeo la política y la economía, o la cultura y la sociedad. A pesar de que esa plenitud nunca dure una centuria. En el caso que nos ocupa, el personaje se ha comido al autor, al punto de hablarse de la época del *Quijote* y no de la de Cervantes.

Entonces, ¿qué entendemos por ese tiempo tan manido como impreciso? Pues una respuesta plural que nos permite hablar de los "tiempos del *Quijote*". Para unos autores, el tiempo del *Quijote* no es otro que el de la vida y experiencias de su autor, como sostiene Antonio Domínguez Ortiz en *La España del Quijote* (Barcelona, 1998): "El *Quijote* apareció a comienzos del siglo XVII, durante del reinado de Felipe III, pero Cervantes fue un hombre del XVI: su 'circunstancia' fue la España de Felipe II, aunque viviera lo suficiente para contemplar el tránsito de un siglo a otro, de un reinado a otro, con todos los cambios que comportaba ese tránsito". En cambio, para otros historiadores, el tiempo del *Quijote* se corresponde con el de la edición del libro, como aduce Pierre Vilar en su celebrado artículo *Le Temps du Quichotte* (París, 1956): "Los centenarios tienen la ventaja de que las obras maestras tienen una fecha (...). El *Quijote* sigue siendo antes que nada un libro español de 1605, que no cobra todo su sentido más que en el corazón de la Historia".

Estamos ante dos tipos de tiempo para el *Quijote*: el de la vivencia de su creador y el de la impresión de las dos partes de la novela, el de la biografía real y el de la ficción novelada, el del aprendizaje y el de la maestría. Dos reinados, como fueron los de Felipe II y Felipe III: la hegemonía y la decadencia políticas; el belicismo y el pacifismo. Dos coyunturas económicas: una expansiva y otra depresiva; una de auge y otra de crisis. Dos categorías culturales: Renacimiento y Barroco. Y la dualidad más humana, la que mejor comprenden nuestras frágiles personas, las dos edades de la vida del escritor: la Edad de Oro de la juventud y la Edad de Hierro de la vejez.

Entre la aparición de los libros y el testamento –"puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte..."–, Cervantes apenas tuvo ocasión para concienciarse de la incertidumbre material y ética en la que se precipitaban las Españas

***Don Quijote en el baile de la casa de don Antonio Moreno*, por Charles-Antoine Coypel, hacia 1773 (Château de Thoiry).**

Pedro García Martín es Profesor Titular de Historia Moderna, UAM.

Sello conmemorativo de **Cervantes**, en el tercer centenario de su muerte.

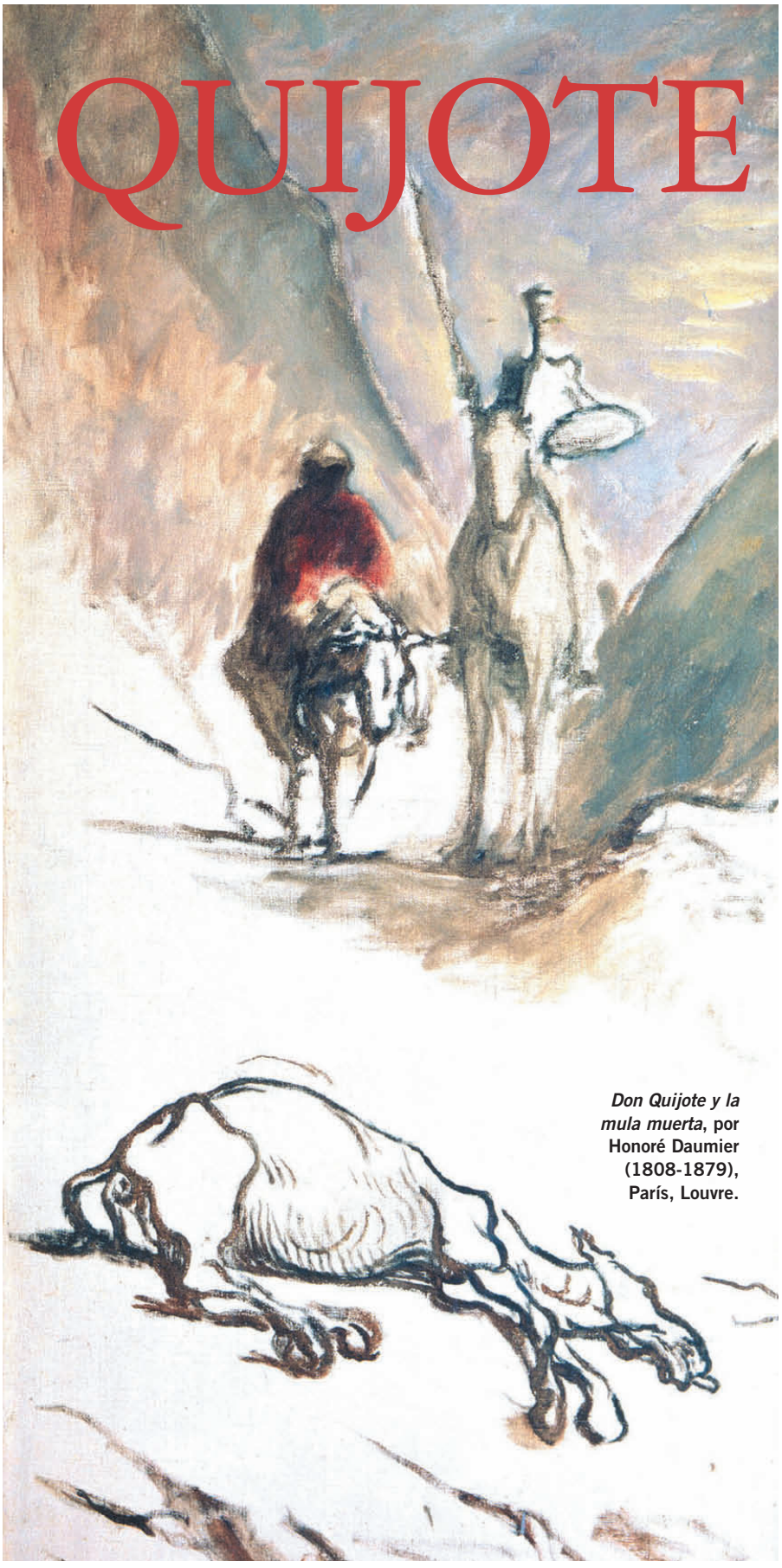
de sus entretelas. Mientras que en la obra evidencia la vitalidad y la frescura que contemplara en aquel Imperio universal.

Y empero lo dicho, aún nos quedarían otros tiempos privativos del *Quijote*, los de sus personajes, sus capítulos y sus escenas; el tiempo elástico y flotante de la creación literaria. Los tiempos próximos. Los tiempos pasados. Los tiempos próximos pasados.

Pues bien, ahora, en enero de 2005, celebramos el cuarto Centenario de la edición de la primera parte del *Quijote*. Aunque Cervantes había entregado el manuscrito a Juan de la Cuesta en el otoño de 1604, al impresor se le echaron las Navidades encima, por lo que el libro salió con fecha del año siguiente. Por eso, entre otras razones, estaba plagado de erratas, en tanto el rucio de Sancho aparecía y desaparecía por arte de birlibirloque. Como homenaje al alumbramiento de esta obra universal, en este Dossier pretendemos dar una panorámica de la España del *Quijote*, inspirada en esas transiciones por las que discurrió la biografía cervantina. En este sentido, Manuela Citoler se adentra en la propia obra; José María Díez Borque ilustra acerca de las literaturas que rodearon a la edición del *Quijote;* por mi parte, evoco la vida material y la sociedad rural que habitan en la obra; Carlos Martínez Shaw se detiene en el giro político acaecido durante el cambio de reinados, y Ricardo García Cárcel lo hace en las manifestaciones religiosas y culturales de un Barroco que caminaba hacia su esplendor. Se suman así distintas pinceladas para componer el fresco colorista del *Quijote*. Temas y tiempos plurales. ■

Todos somos DON QUIJOTE

La universalidad del mensaje de Cervantes radica en que demuestra que todos somos Don Quijote y Sancho, que todos los hombres somos iguales, sostiene **Manuela Citoler**, que narra las aventuras de una novela que es un best-seller sin competencia desde que salió de la imprenta hace cuatrocientos años



***Don Quijote y la mula muerta*, por Honoré Daumier (1808-1879), París, Louvre.**

A los 57 años, Miguel de Cervantes, que sólo había publicado hasta entonces la novela pastoril *La Galatea* en 1585 y había intentado estrenar algunas obras teatrales, es decir, un escritor sin suerte, entregó al librero Francisco de Robles un extenso manuscrito, cuya impresión se encomendó a Juan de la Cuesta. Corría el año 1604 y entre dimes y diretes (permisos, tasas, censura, etc.) la obra no terminó de imprimirse hasta diciembre de ese año. El librero decidió fecharla en 1605, año en que saldría a la venta.

Se trataba de la primera parte de *El in-*

Manuela Citoler es catedrática de Literatura.

genioso hidalgo don Quixote de La Mancha, obra que su autor dedicaba al duque de Béjar. Mal podía saber Francisco de Robles que ponía a la venta una novela universal e inmortal, y mucho menos lo sabía su autor, el maltratado por la vida Miguel de Cervantes, que vendió su obra por 1.500 reales. La tirada era de unos 1.600 ejemplares, que se agotaron en pocas semanas, al precio de 290,5 maravedíes. Sólo en ese año se hicieron seis ediciones y en 1607 ya se publicó en Bruselas.

Diez años más tarde, en 1615, dio Cervantes a la imprenta la segunda parte, tal como había prometido: "Y se animará (el autor) a sacar, y buscar otras (aventuras), si no tan verdaderas, a lo menos de tanta invención y pasatiempo", esta vez con el título *Segunda parte del ingenioso caballero don Quixote de La Mancha*, dirigida al conde de Lemos.

Predicción harto cumplida

Desde estos primeros pasos, *Don Quijote* no ha cesado de recorrer los caminos del mundo en muchas y variadas lenguas. "Se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca", dice Don Quijote en la segunda parte. Las ediciones se cuentan por miles y se dice que las editoriales en apuros editan un *Quijote* para salir de ellos. La obra traspasa con fortuna las fronteras geográficas, las diferencias culturales, las dificultades lingüísticas, el paso de los siglos. Si la Biblia, a la que sigue en número de ediciones, es "el libro" por excelencia, el *Quijote* es "el libro de los libros". ¿Qué misterio encierra para haber alcanzado un éxito tan rotundo? Nació como un *best-seller*, pero sin el estigma de la fugacidad. sino con voluntad de permanencia. Nada menos que cuatrocientos años, por ahora.

Cervantes, en su rico Prólogo al "desocupado lector", en diálogo con un amigo, dice que "todo él es una invectiva contra los libros de caballerías" y que su intención es "deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías". El amigo le recomienda que "leyendo vuestra historia el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente (...)". Hay, por tanto, dos intenciones declaradas: ridiculizar los libros de caballerías y divertir al lector.

Los lectores del siglo XVII así entendieron la novela. Los libros de caballerías, novelas fantásticas producto de la degeneración de la poesía épica, habían sido la lectura preferida de sus antepasados. En el siglo XIV se leían, adaptados o traducidos, libros de caballerías europeos, especialmente los del ciclo artúrico y en 1480 se había publicado en Valencia *Tirant lo Blanc*. Pero la fiebre por estas lecturas comenzó con *Amadís de Gaula,* editado en 1508 con la firma de Garci Rodríguez de Montalvo, aunque la historia ya era conocida mucho antes. El libro, una mezcolanza formidable de aventuras, fijó las caracterísiticas de este género novelesco: héroe de origen incierto pero noble, geografía imaginaria, cronología imprecisa, luchas contra monstruos, gigantes, encantadores, de las que sale siempre vencedor, luchador individualista para corregir injusticias y ayudar a los débiles, enamorado de una dama inasequible que al final consigue. La obra gozó de una fama nunca alcanzada hasta entonces y el siglo XVI vivió la proliferación de este tipo de novelas, cada vez más fantásticas, disparatadas y absurdas. Surgieron así *Las sergas de Esplandián*, *Florisel de Niquea*, la serie de los *Palmerines* y otras muchas.

Primera edición inglesa del *Quijote*, de 1620. "No ha de haber nacion ni lengua donde no se traduzca", aventuró Cervantes.

Miguel de Cervantes, aficionado él mismo a este tipo de novelas, creyó llegado el momento de ridiculizar esos engendros pseudoliterarios y atacar la moda que los sustentaba. Cuando escribe su *Quijote*, el auge de esas novelas había decaído ya y no volvió a escribirse ninguna; así puede decirse que Cervantes triunfó en su propósito.

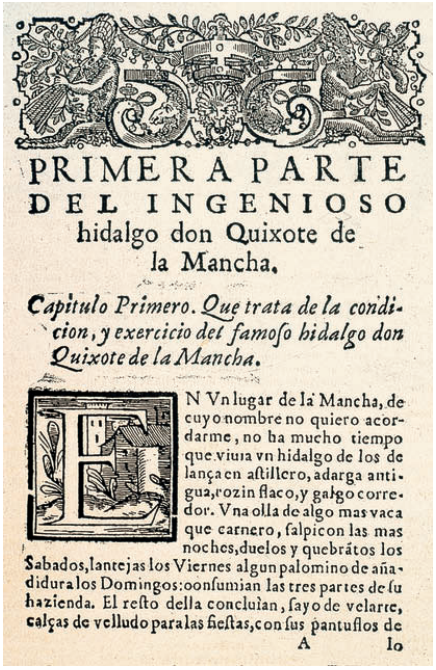
Ámbito definido, pero ambiguo

Eligió como ámbito geográfico no un lugar imaginario, sino algo tan conocido como La Mancha, pero sin citar ningún sitio concreto. Tampoco sabía cómo se llamaba con exactitud su héroe, al que dio hasta cinco nombres. Muchos son los detalles que brinda a los lectores para mostrar su alejamiento de la obra, llegando al colmo de inventar, en el capítulo IX, a un tal Cide Hamete Benengeli como verdadero autor, al que alude u olvida según le conviene. Don Quijote ya no es un héroe "de verdad", sino un loco que se cree caballero, en un mundo que ha olvidado los valores caballerescos hace tiempo, si es que alguna vez creyó en ellos. El choque con la realidad es inevitable. Ansioso de aventuras, Don Quijote transforma lo que ve en lo que quiere ver –molinos en gigantes, ovejas en ejércitos, venta en castillo, etcétera–, como ocurre en la primera parte. Sin embargo, en la segunda, conocida ya la fama de Don Quijote, son los demás los que transforman la realidad a la medida, según creen, del excéntrico caballero, como hacen los duques.

No es posible pensar que Cervantes creyera en los ideales caballerescos tal como los presentaba la literatura de la época, pero ¿cómo no estar de acuerdo con la necesidad de ayudar a doncellas desamparadas, a galeotes injustamente condenados, a niños maltratados?, ¿cómo no luchar contra seres que sólo desean hacer el mal? El ideal de un mundo mejor y más justo, de una nueva Edad de Oro, forma parte de los sueños y nostalgias de Cervantes, que no en balde vivió los años heroicos del Imperio y conoció las doctrinas erasmistas. Como otro Quijote, aunque no loco, también él sufrió el desengaño, el desagradecimiento y la malaventura. Quizá por eso los lectores padecen con Don Quijote, y sus descalabros y tropiezos suscitan la risa junto con la compasión. Sin ideales, sin locura, sin generosidad, la Edad de Hierro en que vivimos

pervivirá, parece decirnos don Miguel de Cervantes.

Entre las dos partes del *Quijote* hay notables diferencias, no sólo atribuibles a los diez años que median entre ellas. Cervantes se muestra inseguro en la primera parte, constituida por una sucesión de aventuras y novelas intercaladas, algunas más alejadas que otras del argumento central. Hasta el capítulo VII no aparece Sancho, figura clave en la novela, no sólo por su valor intrínseco, sino porque Don Quijote necesita a alguien con quien hablar. Incluye nada menos que cuatro relatos breves, representativos de los géneros novelescos de la época: es novela pastoril la de *Marcela y Grisóstomo*; sentimental la de *Cardenio, Luscinda y Dorotea*; psicológica, *El curioso impertinente*; de aventuras, la de *El capitán cautivo*. ¿Por qué las incluyó? En la segunda parte, explica su temor a que resulte aburrida una novela con sólo dos personajes; no obstante las historias intercaladas desaparecen y se incluyen como



PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO
hidalgo don Quixote de
la Mancha.

Capitulo Primero. Que trata de la condicion, y exercicio del famoso hidalgo don Quixote de la Mancha.

EN Vn lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que viuia vn hidalgo de los de lança en astillero, adarga antigua, rozin flaco, y galgo corredor. Vna olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrátos los Sabados, lantejas los Viernes algun palomino de añadidura los Domingos: consumian las tres partes de su hazienda. El resto della concluian, sayo de velarte, calças de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de A lo

Primera página del *Quijote*, que Cervantes entregó al librero Francisco de Robles y éste, al impresor Juan de la Cuesta.

episodios relacionados con la acción (historia de Basilio y Quiteria, del morisco Ricote y su hija, entre otras). Es prueba de la seguridad que Cervantes iba cobrando y a la que contribuyó no poco el éxito de la primera parte. Sancho y Don Quijote conocen el hecho de que sus aventuras andan en letra impresa y son conocidas por todos. Cervantes, seguro de sus personajes, se dedica en la segunda parte al desarrollo psicológico de los mismos, mientras que la primera era sobre todo un cúmulo de aventuras. La edición del *Quijote* de Avellaneda en 1614 estimuló la terminación de la segunda parte e introdujo algunos cambios, el más notable el viaje a Barcelona en lugar de a Zaragoza o el encuentro con Álvaro Tarfe, personaje de Avellaneda. La figura de Sancho crece en esta segunda parte a costa de Don Quijote, que va perdiendo su exaltación mientras aumenta la confianza del escudero –episodio de la Cueva de Montesinos, gobierno de la Ínsula Barataria–. El autor

Cervantes, más conjeturas que datos

La vida de Miguel de Cervantes ha dejado más conjeturas que documentos autógrafos. El 9 de octubre de 1547 fue bautizado en la parroquia de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares. Sus padres fueron Rodrigo de Cervantes, de profesión cirujano sangrador, y Leonor de Cortinas, que dio a luz a seis hijos. En 1551, la familia marcha al Valladolid cortesano en busca de mejor fortuna, recorriendo varias ciudades hasta afincarse en 1566 en Madrid. Es aquí donde el futuro escritor asiste a las lecciones de gramática que el párroco Juan López de Hoyos imparte en el Estudio de la Villa, quien invita a "nuestro caro y amado discípulo" a escribir unos poemas, publicados en homenaje a la recién fallecida reina doña Isabel de Valois. Sin embargo, su vida da un giro insospechado, cuando, veinteañero, se ve envuelto en un duelo y ha de huir presuroso de la Corte rumbo a Italia. Después de servir en Roma al cardenal Giulio Acquaviva, se alista en la milicia española, recorriendo guarniciones y embarcado en la escuadra de la Liga Santa bajo mando de don Juan de Austria. En 1571 tiene un comportamiento heroico en la Batalla de Lepanto y, aunque le queda la mano izquierda anquilosada, aún participa en las jornadas navales de Navarino y La Goleta antes de licenciarse. Cuando regresa a España en la galera *Sol*, es apresado por corsarios berberiscos junto a su hermano menor, Rodrigo, viviendo durante un lustro un pesaroso cautiverio en Argel (1578-1580). Al portar cartas de recomendación de sus superiores, se fija su rescate en una cifra muy elevada, por lo que, después de varias tentativas de evasión, es liberado *in extremis* por los padres trinitarios fray Juan Gil y fray Antonio de la Bella.

Al retorno a Madrid, que marca el fin de su juventud dedicada a las armas, encuentra a su familia en la ruina. Para paliarla, pretende en Lisboa un oficio en Indias y sólo obtiene una peligrosa misión en Orán. El 12 de diciembre de 1584, contrae matrimonio con Catalina de Salazar, en Esquivias, siendo un enlace muy rumoreado, por las edades desiguales de los contrayentes. De vuelta a las letras, en 1585 publica la novela pastoril *La Galatea*, estrenando obras teatrales en los corrales madrileños. Pero pronto ha de emplearse como comisario real de Abastos, recorriendo Andalucía requisando cereales y aceite para la Armada Invencible, lo que le valió muchos conflictos y, al final, la cárcel en Sevilla.

A partir de 1603, lo encontramos de nuevo en Valladolid, rodeado de una familia de mujeres, cuya fama dudosa entre el vecindario les valió el apelativo de *las Cervantas*. En 1605 se publica la primera parte del *Quijote* y su éxito es fulgurante. De modo que al año siguiente regresa a Madrid con la Corte, donde, a pesar de proseguir los apuros económicos, su renombre literario le permite imprimir sus obras inéditas o nuevas: en 1613 aparecen las *Novelas Ejemplares*, en 1614, el *Viaje al Parnaso*, en 1615, la segunda parte del *Quijote* y las *Comedias* y *Entremeses*. Mas la penuria le acompañó hasta sus últimos días, cuando escribió esa estremecedora dedicatoria en el *Persiles* póstumo: "Puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte...". Al fallecer, en la noche el 22 al 23 de abril de 1616, en su casa de la calle del León, los cofrades de la Venerable Orden Tercera de San Francisco le tienen que pagar un entierro para pobres en el vecino Convento de las Trinitarias Descalzas. Mientras impresores de media Europa engrosaban sus bolsas merced a ediciones piratas del *Quijote*, al bueno de Cervantes, en palabra de la actual superiora, sor Amada de Jesús, "le tocó morir pobre de apreciación".

Pedro García Martín

parece no tener plan previo para la redacción de la primera parte, tales son los cambios y titubeos. Menéndez Pidal expuso la hipótesis de que Cervantes se pudo inspirar en el *Entremés de los romances*, anónimo, fechable hacia 1591, en el que un hombre enloquece por la lectura abusiva de romances. Pero esta fuente, de ser cierta, desaparece en el capítulo del escrutinio, donde ya no hay recopilaciones de romances. Según esta hipótesis, Cervantes debió empezar a escribir una novela corta que después se fue ampliando. Don Quijote y Sancho cobraron vida propia con unas exigencias que Cervantes debía atender. Por eso Unamuno pudo decir que Don Quijote había inventado a Cervantes. Este modo de escribir, sin un plan previo totalmente cerrado, ha dado lugar a las mejores novelas modernas.

El diálogo como obra maestra

Del *Quijote* se puede decir que es fundamentalmente una novela dialogada y a través del diálogo los personajes se van haciendo, van cobrando vida, evolucionan. Intercalados en esos diálogos aparecen discursos que son auténticas piezas de oratoria y constituyen algunos de los fragmentos más apreciados de la obra –discurso sobre la Edad de Oro, las armas y las letras, consejos para el gobierno de la Ínsula...–. El diálogo permitió a Cervantes presentar gran variedad de registros idiomáticos, desde el altisonante y paródico de Don Quijote hasta la lengua de germanía de los galeotes; demuestra así el autor su dominio no sólo de la lengua culta y literaria, sino también de la lengua oral en diversos niveles sociales. Con frecuencia Don Quijote corrige expresiones de Sancho hasta provocar el enfado de éste, que alega que ser entendido es mejor que ser correcto. El uso de refranes es un rasgo caracterizador de la forma de expresión de Sancho, que comienza utilizándolos de vez en cuando hasta llegar a ensartar uno tras otro, causando la irritación de Don Quijote que termina usándolos también. Los refranes, ensalzados por los humanistas y ya utilizados en obras literarias anteriores –*La Celestina* de Rojas, los dos Arciprestes–, eran bien considerados como expresión sabia del conocimiento popular. Hay en toda la obra una gran preocupación por la palabra y una gran flexibilidad en los

Cervantes, por Juan Jáuregui (1583-1641). A pesar de su éxito, tuvo un entierro para pobres en las Trinitarias Descalzas.

registros. Si el habla de Sancho se caracteriza por los vulgarismos y refranes, la de Don Quijote por los arcaísmos y remilgos con los que Cervantes parodiaba las novelas caballerescas y pastoriles. Pero el ideal del autor es el estilo natural, en la mejor tradición renacentista, huyendo de los adornos innecesarios y de la complejidad y oscuridad que cultivaron los barrocos.

La riqueza y complejidad del *Quijote* son extremas. Desfilan por sus páginas más de 300 personajes, con los que muestra Cervantes su capacidad para la invención de nombres extraños, y numerosos escenarios, proporcionando así al lector un retablo de la sociedad de la época. Las oposiciones de contrarios se cruzan y entrecruzan: lo real y lo ideal, la vida y la ficción, la tragedia y la comedia, la locura y la cordura, el ser y el parecer, la bondad y la maldad, lo justo y lo injusto, lo sublime y lo vil, porque para Cervantes los contrarios son inseparables, como los dos protagonistas. Sancho va cobrando importancia hasta equipararse a su señor en un proceso de "quijotización"; Don Quijote admira y respeta más y más a su escudero, en un proceso de "sanchización". La primera parte de la obra se convierte en material novelesco de la segunda, de modo que Don Quijote y Sancho parecen cobrar vida real fuera de la obra. El autor, asimilable al yo narrativo del comienzo, renuncia a la autoría con el recurso del manuscrito encontrado. Cervantes expone sus criterios literarios en varias ocasiones: escrutinio de la biblioteca de Don Quijote, discurso sobre la poesía. Se parodian los libros de caballerías por su inverosimilitud y mal estilo, pero se reconocen sus valores morales, su variedad y capacidad de entretenimiento. Hay paternalismo ante las mujeres, pero también aparecen las que quieren labrarse su propio destino en libertad, como Marcela. El honor y la gloria mueven a Don Quijote, pero también el amor, personificado en su señora Dulcinea y presente en todas las novelas intercaladas. La ambigüedad enseñorea toda la obra, lo que permite múltiples lecturas e interpretaciones, quizá tantas como lectores.

Quedan planteadas para los cervantistas numerosas incógnitas: ¿Obra renacentista o barroca? ¿Contrarreformista, erasmista? ¿Metáfora de España o del propio autor? ¿Sátira o dolorida nostalgia?

La clave del éxito

La bibliografía sobre el *Quijote* alcanza muchos cientos de estudios; las interpretaciones de tan compleja obra son variadísimas. No hay escritor de importancia que no reconozca su deuda con la obra cervantina. La novela moderna empieza su andadura en el *Quijote* y los cuatrocientos años pasados desde su aparición no han hecho más que acrecentar su interés.

Posiblemente la clave de su éxito esté en el hombre, lo que más importaba a Cervantes. Todos los hombres son Don Quijote y Sancho, con sus mismos anhelos, grandezas y miserias. Todos los hombres viven la ficción de vivir y saben que son hijos de sus obras. La universalidad del *Quijote* demuestra la igualdad de todos los hombres. ■

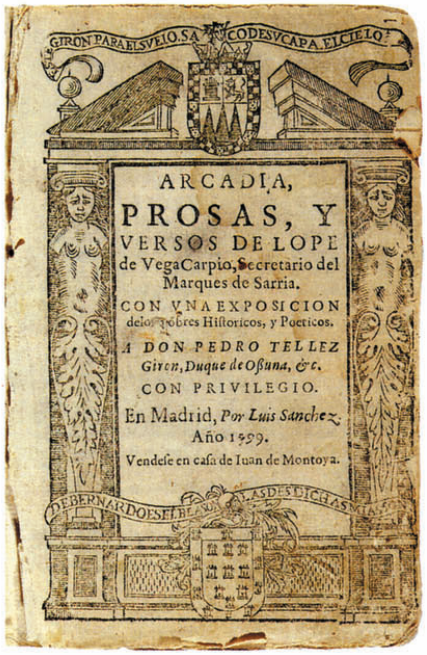
POR LAS PÁGINAS DEL QUIJOTE DESFILAN MÁS DE 300 PERSONAJES, QUE OFRECEN AL LECTOR UN RETABLO DE LA SOCIEDAD DE LA ÉPOCA

La década LITERARIA

El *Quijote* apareció en una fecha especialmente significativa para la literatura española. **José María Díez Borque** revisa el fértil panorama literario en los años anteriores a la publicación de la gran novela de Cervantes y las otras obras con las que coincidió el libro en la imprenta

Nada podía hacer augurar en la década de 1596-1605 que iba a aparecer una obra genial, distinta a todo lo que había en el ambiente literario, sin modelo, referencia ni parangón, aunque en ella, a la postre, estuviera, de un modo u otro, casi toda la literatura del momento. Pero, en cierto modo, eso mismo ocurre en 1499 con *La Celestina*; en 1554 con el *Lazarillo* y hasta con el *Libro de Buen Amor,* del Arcipreste de Hita, en el siglo XIV. Siempre es posible buscar fuentes, incrementadas paso a paso, pero, al fin, ello sólo aumenta la genialidad de obras singulares, que tuercen los rumbos y los encaminan por nuevos derroteros. Es decir, preguntarse por las literaturas que rodean al *Quijote* lleva, en definitiva, a subrayar la genial originalidad cervantina, incluida, claro, la novela de caballería: tan pobre excusa para tan magna obra.

¿Qué pasaba en 1605? La Corte de las Españas sigue en Valladolid y falta un año para su vuelta a Madrid. Felipe III tiene 36 años y hace siete que ha muerto el último Austria mayor, su padre Felipe II, y nace el futuro Felipe IV. En Valladolid se ratifica el acuerdo de paz de Londres entre Jacobo I y Felipe III. Tiene lugar la batalla de Dunkerque. Los turcos continúan con sus asedios... No parece que 1605 sea una fecha especialmente significativa en la Historia, pero sí en la literatura, obviamente.



Portada de la primera edición de ***Arcadia***, de Lope de Vega, impresa en Madrid en 1598. La obra conoció veinte ediciones hasta 1675.

No fueron años prósperos y felices para España los que van de 1596 a 1605. A la terrible peste (1596, 1598) se suman bancarrotas de la Corona (1596, 1597); saqueos de la costa (Cádiz por los ingleses, 1596); derrotas (Las Dunas, 1600); luchas civiles (Cataluña, 1602); autonomía de los Países Bajos (1597); insurrecciones (Calabria, 1599); la inestabilidad económica se manifiesta en la subida y resello de la moneda de vellón (1604). Por otros derroteros más afortunados iba la creación artística, en este Siglo de Oro y de miseria, como ha sido calificado por algún historiador.

Triunfo de El Greco y Carducho

Pintores como El Greco, Carducho, Pantoja de la Cruz, Pacheco, están en feliz momento creativo. En 1599, nace el que será la cumbre de todos, Velázquez. La escultura también está en momentos de excelencia: baste recordar el *Cristo de El Pardo*, de Gregorio Hernández (1605).

¿Qué ocurría literariamente en 1605? Cervantes tenía 58 años, Lope de Vega, 43, Ruiz de Alarcón, 24 y Calderón de la Barca era un niño de cinco años. Los grandes poetas Góngora y Quevedo tenían, respectivamente, 44 y 25 años. De los prosistas recordemos que Mateo Alemán, el autor del *Guzmán de Alfarache*, tenía la misma edad que Cervantes, el gran historiador Mariana estaba en la senectud de los 69 años y Baltasar Gracián, en la primera infancia de los cuatro.

El año de la publicación de la primera

José María Díez Borque es catedrático de Literatura Española, Universidad Complutense de Madrid.

***Quema de libros por el cura, el barbero y el ama*, por José Segrelles para ilustrar el capítulo VI del *Quijote*.**

PRIMERA PARTE
DE LA VIDA
DEL PICARO
GVZMAN DE
Alfarache.
COMPVESTA POR MATHEO
Aleman, criado del Rey Don Felipe. III.
nuestro Señor, y natural vezino
de Sevilla.
Dirigida à Don Francisco de Rojas, Marques de Poza,
Señor de la casa de Monçon, Presidente del
Consejo de la hazienda de su Mage-
stad, y tribunales della.
Con Licencia del Ordinario.
Impresso en Barcelona en casa Sebastian de
Cormellas. Año 1599.
Vendense en la mesma Empronta.

LAS
COMEDIAS DEL
FAMOSO POETA
LOPE DE VEGA,
CARPIO.
Recopiladas por Bernardo Grassa.
Dirigidas al Illustrissimo señor Don Grabiel Blasco de Alagon Conde de
Sastago, señor de las Baronias de Espes y Escuer, Camarlengo
del Rey nuestro señor.
¶ Las que en este Libro se contienen, van a la buelta desta hoja.
Año
M.DCIII.
Con licencia de los Superiores.
En Çaragoça. Por Angelo Tauanno.

LA MADRE·TERESA·DE·IHÛS·FVNDADORA·DE·LOS
·DESCALCOS·CARMELITAS·

Primera parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache, de Mateo Alemán, impreso en 1599, ***La comedias del famoso poeta Lope de Vega Carpio***, recopiladas por Bernardo Grassa, publicado en 1604, y ***Los libros de la Madre Teresa de Jesús***, que se publicaron tras la muerte de la autora en 1588.

parte del *Quijote* aparece, en el ámbito de la novela picaresca –que inaugurara a distancia de genialidad el *Lazarillo de Tormes* en 1554–, *La pícara Justina,* de López de Úbeda, de protagonista femenino frente a la larga serie de pícaros. Cabría citar también dentro de la producción en prosa, algunas obras de carácter histórico, espiritual, de pasatiempos, como la *Florida del Inca*, del Inca Garcilaso; la *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*; las *Meditaciones sobre los misterios de nuestra santa Fe,* de Luis de la Puente; los *Diálogos de apacible entretenimiento*, de Lucas, etcétera.

En poesía, Pedro de Espinosa da a luz su colección *Primera parte de las flores de poetas ilustres*; López Pinciano, *El Pelayo*; Rey de Artieda, *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro*, y siguen, claro, activos varios poetas –como veremos–, el romancero, la lírica tradicional...

Corrales de comedias

En teatro ya había triunfado en los corrales de comedias el modelo de Lope de Vega, con no poco disgusto de Cervantes. Lope, que ya había publicado su *Primera parte de comedias* en 1604, escribe en 1605, entre otras muchas, *La noche toledana*.

Cierto es que podrían sumarse nombres y obras a esta escueta nómina. Pero no cambiarían el panorama en prosa, poesía y teatro el año en que se publica la primera parte del *Quijote*. Todo sigue por los caminos habituales de la década literaria del *Quijote* –que veremos–, con rumbos marcados en géneros y formas, en que no sobresalen ni grandes individualidades ni creaciones que se aparten de lo habitual. La genialidad narrativa de Cervantes no se genera en un caldo de cultivo de renovación, de avance, de crisis, que pudiera hacer prever tal novedad, sino que se vio rodeada de una literatura esperable, de cangilones de noria que vierten, más o menos, la misma agua.

Ello da la medida de la originalidad cervantina y de la singularidad del *Quijote*. Pero, por otra parte, no hay que olvidar que ése es el ámbito literario en el que se mueve Miguel de Cervantes para superarlo, y ésos son los mimbres con que fabrica tan inusual y diferente cesto. Por tanto, parece oportuno y útil conocer los aspectos fundamentales y las obras principales de la que he denominado la década literaria del *Quijote*: 1596-1605.

Si Cervantes es el creador de la novela moderna, Lope de Vega lo es de la comedia nueva, dando sentido unitario en la tragicomedia a lo que se había hecho teatralmente hasta entonces. Todavía no ha producido en esta década las obras memorables recordadas por todos, pero ya ha superado sus vacilaciones primeras, sus "experimentos" iniciales, dan-

Las obras de no ficción

Abundaron a lo largo del siglo tratados políticos, de economía, de administración de la causa pública, libros de carácter práctico, estudios filosóficos, en los que el problema de la literariedad se hace, de nuevo, acuciante. Citaremos, en 1596, la *Filosofía Antigua Poética*, de López Pinciano; *Las seiscientas apotegmas*, de Rufo. En 1597, la *Política para corregidores*, de Castillo, y las *Disputaciones metafísicas*, de Suárez. En 1598, la *Censura de la locura humana y excelencias de ella*, de Mondragón; el *Discurso del amparo de los legítimos pobres*, de Pérez de Herrera. En 1599, la muy importante obra de Mariana: *De rege et regis institutione*. En 1602, la *República mixta de Medrano*. En 1603, el *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*. En 1604, *Veriloquium en reglas de estado*. Cabría considerar dentro de este tipo de literatura de no ficción obras de carácter religioso y espiritual como la *Vida de Cristo* (1596), de Fonseca; la *Declaración de los siete salmos penitenciales* (1599), de Vega; la *Lucha espiritual* (1600), de Fray Juan de los Ángeles; el *Tratado de la religión* (1601), de Ribadeneyra, y las *Consideraciones sobre todos los evangelios de Cuaresma* (1601), de Cabrera.

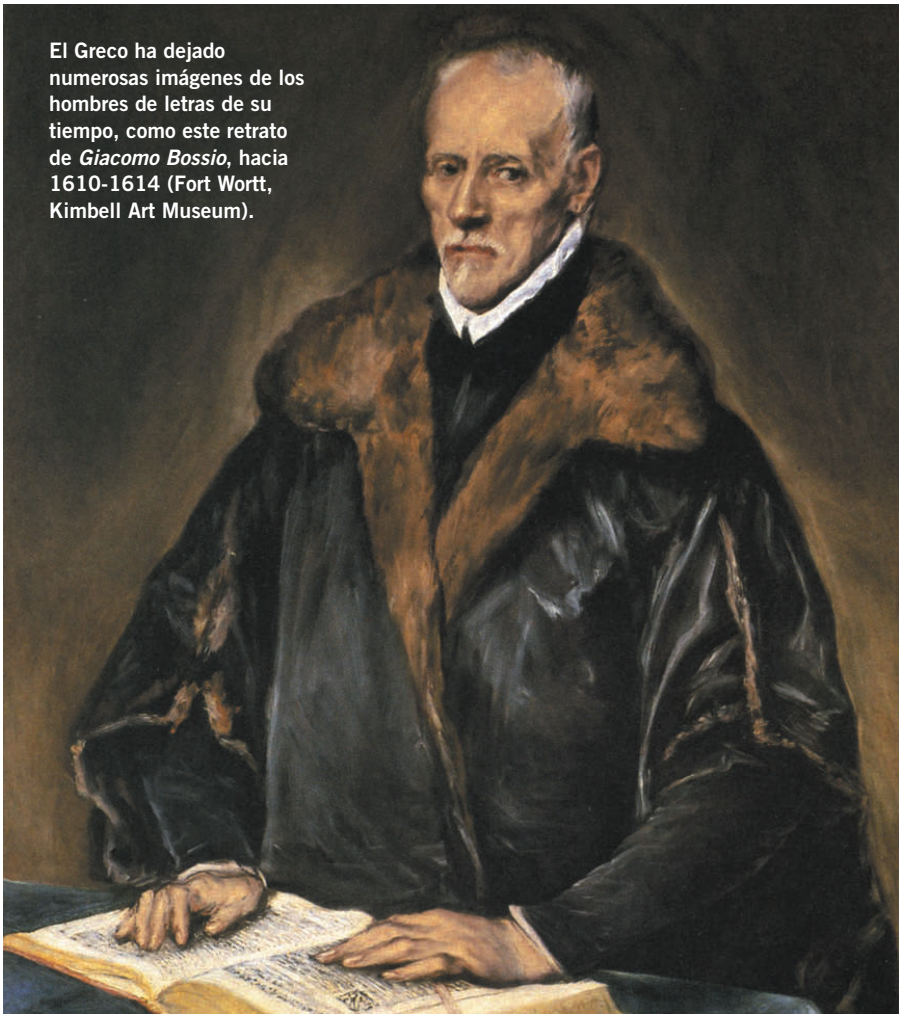
do a los corrales comedias y a los escritores modelo que seguirán durante todo el siglo, pero que tanto desazonará a Cervantes, que no deja de mostrar su desacuerdo, repetidamente. Varias son las comedias de Lope escritas y estrenadas en este período y habría que sumar el curioso *Viaje entretenido* (1603), de Rojas.

La década de Lope

En poesía, en cierto modo, también es la década del gran poeta de lo divino y de lo humano que fue Lope de Vega, aparte de gran dramaturgo, pues en ella aparecen sus *Rimas* (1602, 1604), además de su poemas épicos *La Dragostea* (1598), *El Isidro* (1599), *La hermosura de Angélica* (1602) y otras obras.

Pero en 1605 faltaban ocho años para que se difundieran las originales y renovadoras obras de Góngora *Primera Soledad* y el *Polifemo*, en 1613, y dos para que se conociera la *Aminta* (1607) de Jáuregui. Góngora, como Lope en teatro y Cervantes en novela, vendría a tener el mérito y la condición de los renovadores, es decir, de esos pocos que a lo largo de la historia de la literatura la llevan por los caminos de la renovación y del cambio, agrupando en torno de ellos una plétora de seguidores, de mayor o menor inspiración. Es la grandeza y singularidad de los maestros, tan pocos en épocas en que se impone el peso del género y las normas de la poética, convirtiendo su cumplimiento en garantía literaria y salvoconducto de aceptación.

Continúa en la década literaria del *Quijote* la poesía épica culta, que ya habían cultivado en vida de Cervantes, en el siglo XVI, poetas como Zapata, Ercilla, Rufo, Virués y otros. Tenemos ahora, aparte de los poemas citados de Lope, *El arauco domado* (1596), de Pedro de Oña, y el género continuará después con Mesa, Hojeda, Lope... Poesía de verso solemne, de exaltación y gloria, que es difícil que atraiga e interese a un lector de hoy no especializado, pero que ocupó a poetas, imprentas y lectores en una época en que la literatura de elogio y exaltación tuvo un gran auge en multitud de formas, que van desde las composiciones de encargo a los versos laudatorios de poesía visual en fiestas cortesanas, pasando por los numerosos poemas de elogio que, como norma, precedían a las obras literarias publicadas.



El Greco ha dejado numerosas imágenes de los hombres de letras de su tiempo, como este retrato de *Giacomo Bossio*, hacia 1610-1614 (Fort Wortt, Kimbell Art Museum).

También, con aire de familia, siguió cultivándose en esta década una poesía religiosa, espiritual, a distancia, claro, de los únicos e insuperables versos de san Juan de la Cruz, que había muerto en 1591, o incluso de los de Fray Luis de León, fallecido el mismo año. Me refiero a obras como el *Cancionero general de la doctrina cristiana* (1596), de López de Úbeda; los *Conceptos espirituales* (1600), de Ledesma; el *Cancionero para cantar la noche de Navidad* (1603), de Ocaña; la *Vida de san José* (1604), de Valdivielso. Y junto a esta poesía religiosa, cientos de poesías de amor, por caminos trillados de conceptos y formas, poesías bélicas, burlescas, eróticas y el apasionante, cuanto inabarcable, mundo de la poesía oral de romances, canciones, que se cantan acompañando a la vida y que ya se recogen en colección: en 1600 se publica el *Romancero General*.

CERVANTES NO DEJÓ DE CULTIVAR EL VERSO, PERO CON ÉL NUNCA HUBIERA TENIDO EL MISMO PUESTO EN LA LITERATURA UNIVERSAL

No dejó de cultivar el verso Cervantes en esta década, pero, por él, aunque con méritos destacables, nunca hubiera tenido el puesto que tiene en la literatura universal. Hasta 1614 no apareció su singular obra *Viaje del Parnaso*, pero de estos años son poemas –que no hacen sino continuar su ocupación anterior– como *Soneto satírico al saco de Cádiz* (1596), *Al túmulo de Felipe II* (1598), y otros muchos de diversos temas que muestran su condición de escritor de oficio que cultiva los distintos géneros, como era habitual en la época. Pero esto, de nuevo, agiganta la hazaña del *Quijote*.

Antes de entrar en la novela, que, por

razones obvias, ha de requerir más atención aquí, pero ya dentro de la producción en prosa, encontramos una serie de obras agrupables en géneros definidos, sobre los que hay consenso en considerarlos literarios para la época, frente a lo que ocurre para nuestros días. Así, por ejemplo, las obras históricas, políticas, científicas, prácticas, que tanto trabajo dieron a las prensas de las imprentas.

No son lugar estas páginas para entrar en las debatidas cuestiones sobre la "historicidad" de la historia del XVII, es decir, el proceloso mar de veracidad, objetividad, verosimilitud, y, al fondo, el problema de si eso es literatura. La historia del XVII se escribe a la altura del XVII y no hay que juzgarla con criterios de hoy, que nos llevarían a la situación de considerar como único género objetivo los anales, y ni siquiera éstos por la selección que hacen de los hechos. Aunque no hay que olvidar que el problema se extiende a nuestros propios días.

Como testimonio de la pujanza del género histórico en la década del *Quijote,* retendré sólo algunos autores y títulos significativos: Garibay (*Ilustraciones genealógicas de los reyes de España*, 1596), Pérez (*Relaciones*, 1598), Mármol (*Historia de la rebelión y castigo de los moriscos de Granada*, 1600), Sigüenza

LOS GENIOS

Félix Lope de Vega
Madrid, 1562-1635

De inteligencia precoz, mujeriego y pendenciero, participó en la Armada Invencible, de donde volvió desengañado de la vida militar. Vivió un tiempo en Valencia y se trasladó a la Corte en 1588. En 1613, la muerte de su mujer y de su hijo Carlos Félix le impulsó a ordenarse sacerdote, aunque siguió teniendo relaciones amorosas apasionadas. Fue hombre de exhuberante capacidad creadora. En 1598, se inició en la novela con *La Arcadia* y en 1604, *El peregrino en su patria*, pero donde más brilló su genio fue en el teatro. Se conservan unas 300 obras dramáticas suyas. Poco después de la publicación del *Quijote,* expuso sus teorías dramáticas en el *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo* (1609).

Luis de Góngora
Córdoba, 1561-1627

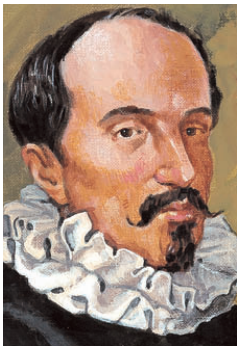
Estudió en Salamanca, aunque no se sabe si llegó a licenciarse. Viajó por toda España y en 1603 se encuentra con la Corte en Valladolid, época en la que comienza su enemistad con Quevedo. En 1617, traslada definitivamente su residencia a Madrid, donde fue nombrado capellán de Felipe III en 1623. En la época en que se publicó el *Quijote*, figuraban varios poemas de Góngora en la antología *Flores de poetas ilustres*, preparada en 1603, pues ya había empezado a publicar en 1580, en las que ya se adivinaba la vena satírica que caracterizó después a gran parte de su poesía.

Mateo Alemán
Sevilla, 1547-México, 1615

Descendiente de judíos conversos, estudió Medicina en Alcalá de Henares y pudo haber estudiado también en Salamanca. En Madrid inició su actividad literaria y en 1589 se publicó su *Guzmán de Alfarache*, que tuvo un éxito literario inmediato, pero que apenas le proporcionó beneficios económicos. Con el traslado de la Corte a Valladolid, regresó a Sevilla, donde fue de nuevo a la cárcel por deudas. En 1604, publicó la *Vida de san Antonio de Padua* para cumplir un voto y poco después, en Lisboa, la segunda parte del *Guzmán de Alfarache*. En 1607, emigró a Nueva España, haciendo una serie de donaciones, incluidos sus derechos de autor, para poder burlar la imposibilidad legal de que un descendiente de conversos fuera a las colonias americanas.

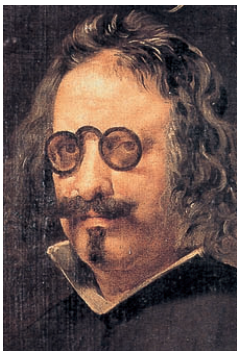
Juan Ruiz de Alarcón
México, 1581-Madrid, 1639

Estudió en México y se graduó en leyes en Salamanca. En 1614 se encontraba en Madrid, compitiendo con Lope, Quevedo y Tirso de Molina, y sufriendo sus burlas por su aspecto físico. Su obra es escasa pero imita a la de Lope de Vega y Tirso de Molina con eficacia. Sólo se conservan unas veinte comedias, pues se han perdido varias más. Su teatro tiene en general una acusada intencionalidad moral y analiza de forma pormenorizada los problemas espirituales de sus personajes.



Francisco de Quevedo
Madrid, 1580-Villanueva de los Infantes, 1645

Estudió Humanidades en la Universidad de Alcalá de Henares, donde participó en pendencias estudiantiles e hirió casi de muerte a un rival. En 1600, sigue a la Corte a Valladolid, donde estudia Teología. En 1603, publica algunas composiciones poéticas. De vuelta a Madrid, en 1606, se mueve libremente en la Corte y manifiesta una preocupación por la decadencia de España que no le abandonará nunca. En 1623, publica la novela picaresca *El Buscón*, que probablemente redactó por primera vez en 1603. Conoció el *Quijote* desde el primer momento, pues en 1608 publicó el romance *El testamento de Don Quijote*. Prolífico, polifacético, polémico y satírico, estuvo varias veces preso.



Tirso de Molina
¿1584?-Almazán, 1648

Fraile mercedario, de cuya vida se conocen pocos datos, se ordenó en Guadalajara en 1609, a los 17 años. En 1620 fue condenado a destierro de Madrid por escribir comedias profanas, pero en 1626 estaba de nuevo en la Corte. En 1636, fue nombrado cronista general de su orden. Escribió cerca de tres centenares de comedias, que se publicaron en cinco partes, a partir de 1627. En su obra hay siempre un profundo análisis psicológico de los personajes, en especial los tipos femeninos.

(*Historia de la orden de San Jerónimo*, 1600), Sandoval (*Crónica de Alfonso VII*, 1600), Herrera (*Historia general del mundo*, 1601 y *Décadas*, 1601), Mariana (*Historia de España*, 1601).

Las formas de la novela

Llegamos, por fin, a la novela, género fundamental aquí, por razones obvias, ya que del *Quijote* estamos tratando. No es mucho lo que cabe destacar en esta década, pero sí significativo, como testimonio de que siguen vigentes los géneros narrativos que habían tenido un amplio desarrollo en décadas anteriores y que son pertinentes en la génesis del *Quijote*, aunque para superarlos, como sabemos, hacia una nueva concepción. No es tan importante para la novela cervantina el género picaresco, del que hay muy importantes testimonios en esta década (Mateo Alemán: *Guzmán de Alfarache*, 1599, 1604 y la *Segunda parte*, apócrifa, de Martí, 1602; redacción de *El Buscón*, de Quevedo, 1603; *La pícara Justina*, de López de Úbeda, 1605), pero sí la novela pastoril, de la que tenemos, en 1598, una de las mejores obras del género: *La Arcadia*, de Lope de Vega, y ya había contribuido Cervantes a lo pastoril con su *Galatea*, en 1588. Y antes de esta década los principales autores de novela pastoril: Montemayor, Gil Polo, Gálvez de Montalvo. También la mal llamada novela bizantina, que quedaría mejor definida como novela de aventuras, que hunde sus raíces en la Edad Media, es pertinente para el *Quijote*. Pero obras importantes, de autores como Núñez de Reinoso y Contreras, son anteriores a esta década, aunque todavía contribuirá Cervantes al género en 1616 con *Trabajos de Persiles y Sigismunda*. Lo mismo ocurre con la llamada novela morisca y sus más características manifestaciones de escritores como Villegas, Núñez de Reinosa, Pérez de Hita, que son anteriores a este período.

La novela de caballería es, por encima de todos los géneros de prosa, verso y teatro, el que más nos interesa aquí, como es natural. Ya no hace falta señalar que *Don Quijote* es mucho más que un ataque a la novela de caballería, pero cierto es que nuestro caballero andante construye su vida con el modelo caballeresco y a su mundo hace constantes referencias, lo que muestra que Cervantes era un excelente conocedor de la caballeresca, en el detalle de los hechos de tantos caballeros andantes y en el sentido global del valor de la aventura, mundo fabuloso, cortesía, amor...

Miniatura sobre pergamino en una **carta ejecutoria de hidalguía**, fechada en 1590 en la ciudad de Valladolid.

Palmerines en retirada

Varios estudiosos señalan el período que va de 1521 a 1560 como el de mayor esplendor de la novela de caballería, y en él encontramos Palmerín, Belianís, Taurismundo, Floramante, Florisel, Febo, Felixmarte... pero todavía en la década del *Quijote* aparecen, en 1599, *Flor de Caballerías de Barahona* y, en 1602, *Policisne de Boecia*, de Silva. Parece que el género ya no daba tanto trabajo y negocio a las imprentas, pero hay que contar con otras formas de difusión, como el pliego de cordel, el manuscrito, la voz, lo que –junto con los testimonios citados– vendría a mostrar que no había desaparecido de las expectativas de recepción por los años de la primera parte del *Quijote*.

El rápido y ajustado recorrido por la década literaria del *Quijote* nos devuelve a lo dicho al comienzo, es decir, a la genial originalidad de esta obra de Cervantes, que resalta proyectándose sobre el panorama literario español de la década de 1596 a 1605. ■

A caballo entre DOS MUNDOS

Cuando se publica el Quijote, el crecimiento está dando paso a la contracción; la política expansiva, a la defensiva; el gobierno personal de Felipe II, al de los válidos de Felipe III. CARLOS MARTÍNEZ SHAW hace la crónica de un momento bisagra en la Historia de la España Moderna

***Don Quijote, guiado por la Locura, abandona su hogar para convertirse en caballero andante*, por Antoine Coypel, 1716, Museo Nacional Chateau de Compiègne.**

Voto a Dios que me espanta esta grandeza", es el famoso verso que inicia el poema que inspiró a Cervantes la visión del túmulo erigido en la Catedral de Sevilla a la muerte de Felipe II. El episodio resulta significativo, pues permite definir el contexto político que vivió el autor del *Quijote*, cuya biografía se divide entre dos siglos, entre dos reinados, entre una España que ha alcanzado el cenit de su expansión –el momento en que nunca se ponía el sol en sus dominios– y una España que está ya mostrando los signos todavía inciertos de su decadencia.

Los años en que Cervantes pudo ser uno de los protagonistas de la "más alta ocasión que vieron los siglos" –cuando, según la divulgada poesía de Fernando de Herrera, el Señor "en la llanura venció del ancho mar al trace fiero"–, en que pudo conocer la instalación española en las lejanas islas Filipinas y en que pudo complacerse con la resolución de las Cortes de Tomar, que permitía a Felipe II ceñir la Corona de Portugal... esos años ya han quedado atrás cuando se publica la primera parte del *Quijote*.

Los signos del declive español ya se percibían oscuramente a partir de las dos últimas décadas del reinado de Felipe II. En agosto de 1588, la Armada Invencible había fracasado en su intento de invasión de Inglaterra, con gran coste de hombres y de barcos, aunque la mayor parte de los navíos de guerra españoles pudiesen volver casi intacta y aunque la capacidad de reacción de la Marina hispana se pusiese ya de manifiesto en los sucesivos fracasos de la flota de Francis Drake ante La Coruña y Lisboa, al año siguiente.

División en los Países Bajos

En los Países Bajos, la constitución de la Unión de Arras y de la Unión de Utrecht (ambas en enero de 1579) había sancionado la definitiva división entre las siete provincias calvinistas del norte, enemigas irreconciliables de la monarquía hispánica, y las diez provincias católicas del sur, susceptibles de volver a la soberanía española, aunque fuera al coste de una delicada diplomacia y del mantenimiento de una guerra que parecía interminable.

Carlos Martínez Shaw es catedrático de Historia Moderna, UNED.

Felipe II, por Antonio Moro. En sus últimos años, ya se comenzó a percibir el declive español, Monasterio de El Escorial.

Felipe III, en 1606. Algún historiador está tratando de rehabilitar su figura. Por Juan Pantoja de la Cruz, Madrid, Museo del Prado.

En Francia, el monarca había tenido que renunciar a la misión imposible de hacer aceptar a su hija Isabel Clara Eugenia como candidata al trono y, por el contrario, había debido reconocer a Enrique IV como nuevo soberano, mediante la firma de la Paz de Vervins, uno de los últimos actos de su reinado.

En América, si la conquista se había consolidado tras la creación de los dos virreinatos de Nueva España y Perú, los enemigos de la monarquía –singularmente los corsarios ingleses, y en especial, Francis Drake– habían conseguido notables éxitos en sus endémicos ataques contra las plazas costeras españolas –ocupación de Nombre de Dios, en 1572, y toma de Santo Domingo, ataque a Cartagena de Indias y destrucción de las fortificaciones de San Agustín de la Florida, en 1585–, si bien es cierto que la última gran expedición, comandada por John Hawkins y Francis Drake (agosto 1595-enero 1596) se saldó con un absoluto fracaso ante Las Palmas de Gran Canaria, Puerto Rico, Cartagena de Indias y Portobelo y con la muerte de los dos marinos ingleses. Por otro lado, la expansión española del Pacífico, que había cosechado notables éxitos en el último tercio del reinado –instalación en las islas Filipinas, en 1564-1571, descubrimiento del archipiélago melanésico de las Salomón en 1567-1569, descubrimiento del archipiélago polinésico de las Marquesas en 1595–, estaba llegando al fin de un ciclo, que se cerraría definitivamente con el descubrimiento de la Australia del Espíritu Santo –luego Nuevas Hébridas (hoy Vanuatu), ya en el reinado siguiente (1605-1607)–. Finalmente, y por si fuera poco, la Unión de las Coronas había incrementado en el ámbito colonial las responsabilidades militares de España, que pronto se vería obligada a asumir la defensa de los dilatados territorios del Imperio portugués de Ultramar.

Orden cuestionado

Tampoco el suelo peninsular se vio libre de sobresaltos. El más considerable fue el llamado de las Alteraciones de Aragón, que de nuevo puso en cuestión el orden constitucional de la monarquía hispánica, aunque –no sin antes provocar la intervención del ejército real y la ejecución del Justicia Mayor, el garante de las libertades aragonesas– se saldó finalmente con unos costos políticos razonables en las Cortes de Tarazona (junio de 1592). Por otro lado, los enemigos extranjeros se atrevieron incluso a atacar la plaza de Cádiz, por dos veces, una a cargo de Francis Drake con el resultado de la pérdida de veinticuatro barcos españoles (abril de 1587) y la segunda bajo el mando del conde de Essex, con el efecto del completo saqueo e incendio que destruyó buena parte de la ciudad (julio de 1596).

De este modo, en un ambiente de crisis –económica, financiera, política, diplomática–, el Rey Prudente se extinguió en su retiro del Monasterio de El

Escorial en septiembre de 1598, ya envuelta su figura en la Leyenda Negra que habían elaborado sus enemigos, desde Antonio Pérez a Guillermo el Taciturno.

Un rey con buena imagen

Pese a este sombrío panorama de los últimos años de su reinado, que levantó críticas entre algunos escritores y cortesanos, Felipe II quedó en la opinión de Cervantes y, en general, en la conciencia de la mayoría de los coetáneos que le sobrevivieron, como un gran rey, la misma imagen que han venido a ratificar los actuales especialistas. Así, según las palabras de su más dedicado biógrafo, Manuel Fernández Álvarez, Felipe II debe ser considerado como "un personaje de la gran Historia, con el que está claro que viene a cerrarse lo mejor del Imperio español". Otro reciente biógrafo, Henry Kamen, reconoce igualmente que "condenado a pasar sus días organizando los componentes de la inmensa red de su monarquía, fue de los pocos que tuvieron acceso a la perspectiva global de sus problemas". Y, finalmente, el historiador alemán Ferdinand Kramer puede concluir que "Felipe II marcó, como ningún otro soberano, la Historia de España, de Europa y de una buena parte del mundo durante medio siglo".

En cambio, en lo referente a su sucesor, el propio Manuel Fernández Álvarez asume el juicio tantas veces emitido: Felipe II "no tuvo la fortuna de su padre, el Emperador, a la hora de forjar un *alter ego*". Y ello, pese a sus muchos esfuerzos, pues el Rey Prudente "apuró todo lo que estaba en sus manos para hacer de Felipe III un auténtico rey, pero algo que estaba por encima de él le impidió lograrlo". Un juicio negativo sobre Felipe III, que se ha venido repitiendo de manera insistente por la gran mayoría de los especialistas. Así, John Elliott ha hablado del nuevo monarca como una persona "carente de entidad, personalmente incapaz de gobernar", mientras John Lynch, por su parte, ha afirmado que "su mente estaba vacía y su voluntad era abúlica", para concluir considerándolo como "el rey más perezoso de la Historia de España". Sin embargo, recientemente, otro hispanista británico, Paul Allen, ha tratado de rehabilitar su figura, enfatizando la formación que había recibido –a través de su presencia diaria durante tres horas en la llamada Junta de Noche– y su sentido de la autoridad frente a las opiniones del Consejo de Estado, aunque reconociendo la verdad de las palabras de Luis Cabrera de Córdoba al afirmar que el joven soberano evitaba "la molestia que recibía su padre en ver las consultas y despachos".

Felipe III, para Lynch, "el rey más perezoso de la Historia de España", evitaba la molestia de ver consultas y despachos

Sea como fuere, parece un hecho probado que Felipe III dejó lo esencial de los negocios de Estado en manos del duque de Lerma, dando paso así a la aparición del valido en la Historia moderna de España. El valido es una figura no institucionalizada, que ejerce su autoridad exclusivamente por la confianza que le otorga el rey y que representa el retorno de la nobleza al ejercicio directo del poder político. Ahora bien, si algunos consideraron a los validos como verdaderos usurpadores de la voluntad real, los analistas políticos más equilibrados contemplaron su nacimiento como una necesidad generada por la creciente complejidad de los asuntos de gobierno e, incluso, como una pieza instrumental que permitía deslindar la titularidad de la soberanía del ejercicio cotidiano del gobierno, lo que liberaba al rey de las posibles críticas ante las consecuencias de medidas desacertadas o los reveses inevitables de unos tiempos desventurados. En cualquier caso, el valido aleja al monarca de los asuntos de Estado, provocando un distanciamiento de los reinos o las clases dirigentes respecto de la política de la Corona.

El duque de Lerma dirigió la política al margen de los consejos, subdelegó parte de sus funciones en sus criaturas o hechuras –como Pedro Franqueza o Rodrigo Calderón– y repartió puestos y cargos claves, entre una clientela de amigos y parientes como medio de asegu-

CRONOLOGÍA

1564 Instalación de los españoles en las islas Filipinas.
1567 Descubrimiento español de las islas Salomón.

Francis Drake. Para los españoles, un pirata.

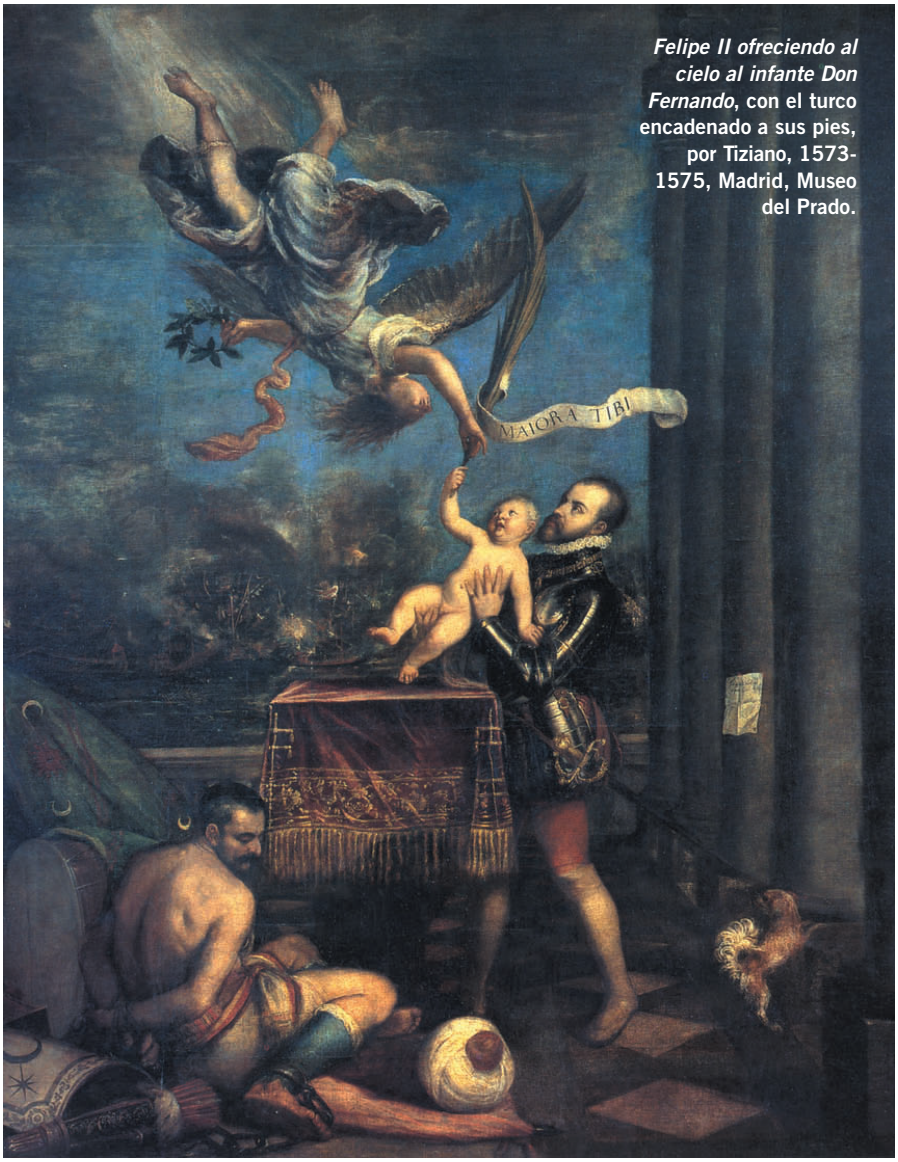
1572 Drake ocupa Nombre de Dios.
1579 Constitución de la Unión de Arras y de la Unión de Utrecht.
1580 Felipe II se anexiona Portugal.
1584 Felipe II recibe a la primera embajada japonesa.
1585 Los ingleses destruyen las fortificaciones de San Agustín de la Florida.
1587 Saqueo de Cádiz por Drake.
1588 Desastre de la *Armada Invencible.*
1589 Asesinato de Enrique III de Francia.
1591 Huida de Antonio Pérez. Alteraciones de Aragón.
1592 Cortes de Tarazona.
1593 Conversión al catolicismo de Enrique IV.

Armadura, regalo de la **embajada japonesa**, 1584.

1595 Fracaso del ataque de John Hawkins y Francis Drake a Las Palmas de Gran Canaria, Puerto Rico y Cartagena de Indias.
Descubrimiento español de las islas Marquesas.
1596 Alianza franco-holandesa frente a Felipe II.
El duque de Essex saquea Cádiz y destruye buena parte de la ciudad.
1598 Felipe III sucede a Felipe II.
Tratado de Vervins.
1599 Felipe III se casa con Margarita de Austria en Valencia.
El duque de Lerma, privado de Felipe III.
Los ingleses atacan Las Palmas de Gran Canaria.
1600 Derrota de Nieuwpoort.

Enrique III de Francia, asesinado en 1589.

rarse mejor el control del poder. Aunque se ha dicho del valido que fue maestro en el "arte de contentar y no remediar", el correcto funcionamiento de una administración perfectamente organizada durante el siglo anterior siguió constituyendo una de las más sólidas bazas de la monarquía. En sentido contrario, desde los años finales del reinado de Felipe III se renunció a retener la administración directa del sector militar, que pasó íntegramente a manos privadas –reclutamiento del ejército, construcción de buques para la armada, fabricación de armas y municiones, avituallamiento de galeras, presidios y guarniciones–, aunque esta obligada "devolución" o dejación de atribuciones a favor de asentistas particulares resultó ser una decisión acertada, que redundó en la mayor eficacia de las fuerzas encargadas de la defensa del Imperio. Finalmente, ni el rey ni el valido fueron capaces de resolver el problema de la financiación de la monarquía, que ya en 1607 hubo de declararse en bancarrota.

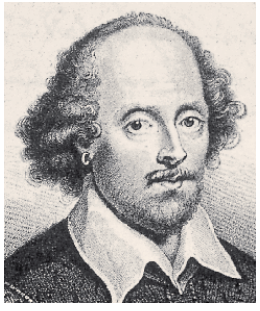


***Felipe II ofreciendo al cielo al infante Don Fernando*, con el turco encadenado a sus pies, por Tiziano, 1573-1575, Madrid, Museo del Prado.**

Fastos barrocos

Aun así, el reinado de Felipe III empezó de modo brillante con la fastuosa boda del joven monarca con Margarita de Austria en Valencia (abril de 1599), que fue como una señal premonitoria del cambio de época, del paso de la austeridad del entorno del Rey Prudente a los fastos de la Corte del Barroco. En este contexto se produciría poco después la insólita operación del traslado de la

Fundación de la Compañía (inglesa) de las Indias Orientales.
1601 Traslado de la Corte a Valladolid.
La Gran Armada de Felipe III desembarca en la costa sur de Irlanda, aunque capitula en 1602.
Una embajada persa llega a Madrid, a pedir ayuda contra el Imperio Otomano.
1602 Fundación de la Compañía (holandesa) de las Indias Orientales.
1603 *Hamlet,* de Shakespeare.
1604 El emperador abisinio Za Dengel pide a Felipe III ayuda militar, para la conquista de puerto de Masawa frente a los turcos.
1605 Primera parte del *Quijote*.



Shakespeare triunfó a la vez que Cervantes.

Macbeth, de Shakespeare.
Descubrimiento español del actual Vanuatu.
1606 La Corte regresa a Madrid.
Ambrosio de Spínola reconquista Rheinberg, en Güeldres.
1607 Los ingleses fundan Virginia.
1608 Constitución de la Unión Protestante en el Imperio.
1609 Expulsión de los moriscos.
Tregua de los Doce Años entre España y las Provincias Unidas.
1610 Asesinato de Enrique IV de Francia.
1613 *Novelas ejemplares*, de Cervantes.
1614 Felipe III recibe al legado japonés Hasekura.
1615 Segunda parte del *Quijote*.

Portada de la **primera edición del *Quijote***.

1616 Muerte de Cervantes.
Muerte de Shakespeare.
1621 Felipe IV sucede a Felipe III.

Felipe IV, en una miniatura sobre pergamino, 1626.

Isabel I, en un óleo anónimo, titulado *Retrato de la Armada*, que conmemora la derrota de los buques españoles enviados por Felipe II, colección particular.

Corte a Valladolid, un episodio que por otra parte se revelaría efímero (1601-1606). Más importancia tuvieron, en cambio, las halagüeñas perspectivas generadas por la conclusión de una serie de tratados de paz que parecieron aliviar el enorme esfuerzo militar llevado a cabo por la monarquía hispánica.

El primero de estos tratados, la Paz de Vervins, concertada todavía en vida de Felipe II (mayo de 1598), estableció, además de la mutua devolución de las conquistas realizadas en el transcurso de la guerra, el retorno a los términos de la paz de Cateau-Cambrésis, con la expresa renuncia a Navarra por parte francesa y a Borgoña por parte española. Exigida por la precaria situación financiera de ambos países, para la monarquía hispánica significó el comienzo de una nueva etapa de la política exterior, que cambia sus ambiciones expansivas por el objetivo más moderado de la defensa de la "reputación", antes de pasar en el último tramo del siglo XVII a la mera resignación ante la incapacidad de defender las fronteras del Imperio.

Ahora bien, el mantenimiento de la reputación obliga todavía en la primera década del seiscientos, en la década que asistirá a la publicación del *Quijote*, a sostener una serie de guerras limitadas en los escenarios europeos, aunque todas ellas se orientan a la consecución de los últimos éxitos que permitan obtener mejores condiciones en los tratados de paz que todos ven avecinarse indefectiblemente. En efecto, este anhelo generalizado ha permitido a la historiografía hablar de la presencia, en la Europa de principios del siglo XVII, de una "generación pacifista" que estaría representada por Felipe III –y su valido, el duque de Lerma– en España, por Jacobo I de Inglaterra, por el Gran Pensionario Jan Oldenbarneveldt en las Provincias Unidas y por el emperador Rodolfo II. En realidad, las potencias europeas se encuentran extenuadas por las continuas guerras, incapacitadas de encontrar recursos financieros para proseguir las acciones y necesitan, más que de tratados de paz que no pueden ser definitivos, de treguas para reponer sus agotadas fuerzas.

Representativa de esta situación es sin duda la posición de la monarquía hispánica en la primera década del siglo. Así, por ejemplo, en la cuestión suscitada por la apropiación por parte del duque de Saboya del marquesado de Saluzzo, perteneciente a Francia y que Enrique IV se apresura a reclamar, España, a pesar de que el territorio constituye una pieza vital para el famoso "camino español" que permite el tránsito de tropas desde Italia a Flandes, trata por todos los medios de llegar a una solución pacífica que evite comprometer la recién firmada Paz de Vervins. Cosa que, por otra parte, conseguirá tras la oferta de Carlos Manuel de Saboya al monarca francés de intercambiar Saluzzo por el *pays* de Bresse en enero de 1601, con el consiguiente alivio de la Corte hispana, todavía metida en dos guerras.

Aventuras en el mar

La política de apaciguamiento exigía, en efecto, llegar al fin de la larga contienda mantenida con Inglaterra desde hacía largos años. Todavía a comienzos del reinado los ingleses atacan con éxito Las Palmas de Gran Canaria (agosto de 1599), acción que obtiene como respuesta por parte española la preparación de una flota para desembarcar en Irlanda y ayudar a la resistencia católica comandada por Hugh O'Neill, conde de Tyrone, y Hugh O'Donnell, conde de Tyrconnell. Sin embargo, esta *Gran Armada* de Felipe III –desde luego mucho más modesta que la de Felipe II–, tras desembarcar en la costa sur de Irlanda (octubre de 1601) sólo conseguiría mantenerse en la fortaleza de Kinsale durante unos meses, antes de capitular ante las tropas inglesas (enero de 1602). La paz se firmaría, finalmente, en Londres (agosto de 1604), con el resultado positivo para España de quebrar la alianza militar que había unido a ingleses y holandeses y que había contribuido a sostener la causa de los rebeldes en los Países Bajos.

El siguiente paso era, afortunadamente, el último por el momento. El

La Gran Armada de Felipe III, más modesta que la de su padre, sólo se mantuvo en Irlanda unos meses, antes de capitular

Tesoro español no era capaz de mantener las costosas campañas de Flandes, pese a la llegada de copiosas remesas de plata de América, como tampoco las finanzas de las Provincias Unidas garantizaban la continuación de sus acciones bélicas. Sin embargo, ninguno de los contendientes quería llegar a las negociaciones en condiciones desventajosas, por lo que ambas potencias hicieron en los primeros años del nuevo siglo un postrero y poderoso esfuerzo. La derrota española en Nieuwpoort (julio de 1600) fue el preludio del asedio de Ostende, la última plaza holandesa en tierras flamencas, un larguísimo sitio que acabó con su ocupación por las tropas españolas (julio de 1601-septiembre de 1604). En los años siguientes, las campañas de Ambrosio de Spínola fueron de corto alcance –reconquista de Rheinberg, en Güeldres, octubre de 1606–, con la mirada ya puesta en los preliminares de paz, en el alto el fuego decretado en abril de 1607 y en la firma de la Tregua de los Doce Años en Amberes (abril de 1609), cuyo máximo efecto fue llevar alivio a una nación extremadamente fatigada, como confirman las palabras dirigidas por Spínola a Felipe III: "Gracias a Dios que a los 9 de éste se acabó de concertar la tregua por 12 años (...). Espero que Vuestra Majestad quedará muy satisfecho y servido de lo que se ha hecho en esta negociación, que es lo que me anima a dar a Vuestra Majestad con sumo gozo la enhorabuena de verse por este tiempo desembarazado de esta guerra de tantos trabajos y gastos y con tan poca esperanza de sacar más fruto de ella. Quiera Dios que a este suceso sigan en los Reinos de Vuestra Majestad el acrecentamiento y felicidad que deseo".

Plata y diplomacia

Quedar libre de trabajos y gastos por causa de la guerra era, en efecto, por estos años, el desiderátum del rey, los ministros y el reino. Sin embargo, no hay tampoco que pensar que España, pese a las advertencias de los arbitristas sobre la ruina de la economía, estaba falta de recursos para seguir desempeñando el papel hegemónico de la época de Lepanto, reivindicada por Cervantes. Pese a la recesión de las expediciones de metal precioso anunciada ya en el reinado anterior (desde 1593), las remesas

Lerma, un valido desastroso
(¿?-1553, Tordesillas-1623)

Hijo del cuarto marqués de Denia, Francisco de Sandoval y Rojas era grande de España y gentilhombre de Cámara de Felipe II que, en 1592, le nombró virrey de Valencia. Felipe III le confió los asuntos de Estado en 1598, inaugurando la era de los validos.

Lerma aprovechó su nueva situación política para enriquecerse y enriquecer a los suyos, con un despliegue de nepotismo que no se vio equilibrado por una dedicación pareja a los graves problemas de la monarquía. Fue el impulsor del traslado de la Corte a Valladolid, en una operación que le supuso grandes beneficios. Supo atraerse al clero, pero la velocidad a la que acumulaba riquezas sublevó al pueblo. En 1608 aparecieron pasquines en Madrid, incitando a la rebelión contra el tirano. Felipe III buscó una fórmula para deshacerse de él sin perjudicarlo y designó a su hijo, el duque de Uceda, para sucederlo en la privanza y logró que el Papa lo nombrara cardenal.

En 1618 perdió definitivamente el poder y se retiró a sus tierras. Tras la muerte de Felipe III, en 1621, el conde-duque de Olivares, valido de Felipe IV, abrió un proceso contra los responsables de la administración anterior, que se saldó con destierro de Lerma a Tordesillas y el pago de una compensación de 12.000 ducados anuales, contando los atrasos de veinte años. Quevedo se contó entre los defensores de Lerma, pero el juicio de la Historia ha sido, por lo general, el de considerarlo un personaje nefasto.

El duque de Lerma, valido de Felipe III, por Rubens, en 1603, Madrid, Museo del Prado.

Las delegaciones española (izquierda) e inglesa que acordaron el **Tratado de Paz de 1604**, en la mesa de negociaciones en Sommerset House, Londres.

de plata seguían arribando desde las Indias al puerto de Sevilla en cantidades considerables y a veces inesperadas, como ocurrió en el año 1608, calificado con dicho motivo por Pierre Chaunu, como el año "de todos los récords". Ese numerario servía no sólo para sostener las campañas contra Inglaterra o contra Holanda, sino también para enviar subvenciones a los países amigos, como se hizo en 1606 con el emperador Rodolfo II para que pudiese mantener la guerra en Transilvania contra Esteban Bocksay y sus aliados turcos o con el archiduque Fernando para que prosiguiese su política en el Adriático, su apoyo a los uskokes de Croacia y su enfrentamiento con la República de Venecia.

Y tampoco carecía de medios la monarquía hispánica para defender tanto su Imperio como el de la Corona de Portugal, amenazado sobre todo por las naves de las Provincias Unidas. Así, en América, una expedición enviada al mando del almirante Luis Fajardo puso fin, después de una campaña victoriosa, a la ocupación por los holandeses de las salinas de Punta de Araya (agosto-diciembre de 1605). Del mismo modo, en el Pacífico, el presidente de la Audiencia de Manila, Antonio de Morga, consiguió salvar el archipiélago de la invasión de la flota de Olivier de Noort, en diciembre de 1600. Incluso hubo ocasión para lanzar una gran contraofensiva contra los holandeses que habían ocupado uno de los más preciosos dominios coloniales de los portugueses, las islas Molucas, gracias a la expedición de Pedro de Acuña, que ocupó el fuerte de Ternate (abril de 1606), imponiendo de nuevo su voluntad a los soberanos de las islas de Ternate y de Tidore.

Del mismo modo, la diplomacia siguió manteniendo el prestigio de España en los otros mundos. Así, por citar algunos ejemplos, si una embajada persa solicitando la ayuda de España contra el Imperio Otomano llegó a Madrid en 1601, seguida por otra diez años después, la respuesta llevó a la Corte del sha Abbas el Grande a García de Silva, en 1612. Del mismo modo, si ya Felipe II –que, en opinión de Philip Caraman, se convirtió en "el supremo protector de la actividad misionera en Oriente, tras la unión de las dos Coronas en 1580"– había amparado la misión jesuítica en Etiopía, el emperador abisinio Za Dengel solicitará en 1604 a Felipe III ayuda militar para la conquista del puerto de Masawa frente a los turcos, llegando a ofrecer a cambio el matrimonio de su hijo con una hija del monarca español, mientras que su sucesor, el emperador Susenios, requerirá de nuevo la protección del soberano en la década siguiente. Finalmente, si el Rey Prudente recibía en 1584 en la Corte a una primera embajada japonesa, también Felipe III haría lo propio con el legado Hasekura en 1614, como fruto de una continuada política de acercamiento a aquel país desde las Filipinas, con las sucesivas visitas de Rodrigo de Vivero en 1609 y de Sebastián Vizcaíno en 1611.

El paso del auge a la crisis fue lento. Felipe III pudo mantener el prestigio de su Corte y garantizó la defensa del Imperio

Cambio de coyuntura

En definitiva, cuando se publica el *Quijote*, tanto la coyuntura económica como el clima político han cambiado en España. Una época de crecimiento está dejando paso a otra de contracción, a falta de la transformación profunda de las estructuras económicas señalada por los arbitristas como Martín González de Cellorigo. Del mismo modo, la política expansiva del siglo XVI está dejando paso a la política defensiva del siglo XVII, del mismo modo que el gobierno personal de Felipe II se sustituye por el gobierno de los validos y los hábitos de continencia cortesana por un nuevo afán de suntuosidad y de despreocupación. En ese sentido, el *Quijote* estará a caballo de dos mundos.

Sin embargo, la transición dista mucho de ser brusca. Los síntomas de retroceso económico y de debilidad política eran ya observables en el reinado de Felipe II, hasta el punto de que los especialistas han hablado de la crisis de 1590 como preludio a la conciencia de la que se puso de manifiesto abiertamente a raíz de la consulta del Consejo de Castilla de 1619. Y, por el contrario, el declive definitivo aún tardaría en llegar, puesto que el reinado de Felipe III es capaz de realizar en el plano financiero los mismos equilibrios que el anterior, es capaz de mantener el prestigio de su Corte ante propios y extraños y puede garantizar la defensa militar de un vasto imperio acrecentado, excesivamente, con los dominios portugueses. En ese sentido, el *Quijote* es, a la vez, testigo de los buenos tiempos que han pasado y profeta de los malos tiempos que están por venir. ■

El *Quijote* es una obra sobre el campo, escrita desde la urbe. Una de sus escenas, en un óleo de José Moreno Carbonero, de principios del siglo XX.

La sociedad de los CAMINOS

Aunque Cervantes escribe desde la ciudad, el deambular de Don Quijote transcurre por un mundo campesino que su creador conocía perfectamente. **Pedro García Martín** describe los personajes que vagaban por caminos y ventas, sus oficios, aspiraciones y visiones del mundo

El escenario del *Quijote* es rural. En cambio, Miguel de Cervantes, aun habiendo conocido como pocos los pueblos y campos de España, estrena comedias y escribe novelas en la ciudad. Las aventuras andantescas de Don Quijote y Sancho son de encrucijadas: de molinos que aletean en los cerros, de ventas descubiertas a trasmano, de tropiezos con viajeros al pie del camino o con rebaños a la vera de la cañada real. La vida material de esta población ora dispersa, ora transeúnte, nos revelará el retrato de los estamentos sociales, los grupos profesionales y los marginados de solemnidad. La imagen vívida del vecindario manchego o foráneo, que conformaba este microcosmos comarcano dentro del Imperio hispánico.

Ahora bien, este teatro de las maravillas caballerescas, cuyos hilos maneja el escritor desde una cruceta ciudadana, no nace de un género tan de moda en el Siglo de Oro como era el de "menosprecio de Corte y alabanza de aldea". Al contrario, estamos ante el campo escrito desde la urbe, el lugar contemplado desde la villa, La Mancha recreada desde Sevilla, Valladolid o Madrid. Quizás porque los novelistas son gente urbana, como la mayoría de los lectores y las imprentas, mientras la lírica tiende al medio natural. O tal vez porque las empresas de la orden de la caballería andante necesitan sustanciarse en la

Pedro García Martín es profesor titular de Historia Moderna, UAM.

Novela frente a poesía

Cervantes vivió y conoció los pueblos y campos de España, pero él era un hombre de ciudad. Los novelistas son escritores de la ciudad. Las novelas parecen arraigar en los oscuros laberintos de la urbe; la poesía, por el contrario, tiende a la naturaleza, a la armonía campestre."

Andrés Trapiello
Las vidas de Miguel de Cervantes

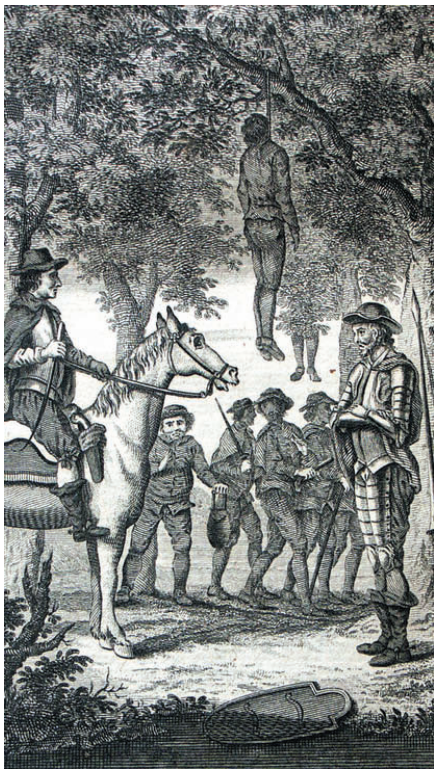
batalla campal: *la piú necesaria e la piú onorata*, como la calificaba Maquiavelo en su *Arte della guerra*. El caso es que El *Quijote* se desarrolla en un mundo campesino, en una sociedad agrícola y pastoril, en una territorio real que el autor remodela mediante toques de naturaleza convencional. En lo que yo llamo un paisaje geopoético. El país aparente donde mora el mito.

El mito del hidalgo manchego

No hay que avanzar mucho en el libro para aparejar casa, familia y condición del protagonista. En realidad, en la primera página se nos sitúa en un lugar, lo que significa una aldehuela o sitio pequeño, para trazar de seguido una radiografía personal del aspirante. Las armas de sus antepasados, entronizadas entre el mobiliario. La dieta semanal de cristiano tan viejo como pobre. La indumentaria estamental para diario y fiestas de guardar. El número y calidad de los miembros de su hogar y familia. La edad provecta del protagonista y su constitución física proclive al humor colérico. El ocio de la caza como sucedáneo de la guerra mediante galgo corredor. En esta universidad casera, pues, nuestro hombre cursa estudios, teniendo por manuales libros de caballería y por prácticas, los arreglos de la armadura oxidada; adquiriendo por compañeros un rocín metafísico y un escudero ganapán. Al cabo, sale al estrado de La Mancha, y, tras denodada porfía en la que no faltaron pedradas de arrieros durante la imaginaria, el hidalgo se licencia al ser armado caballero por el castellano de una venta. Nace el mito del hidalgo manchego.

Ahora bien, la figura de Alonso Quijano, aun siendo reconocible en el panorama nobiliario de Castilla, debe más a la imaginación del escritor que a la realidad social de La Mancha. En esta región, sólo un pequeño grupo de familias era noble, su economía agraria, y, por tanto, poco dada al oficio de las armas y menos al de las letras. Los hidalgos en estos pagos eran, por tanto, un sector muy reducido de la población rural. Además, debido a su empobrecimiento y escasa formación intelectual, es poco probable que poseyeran bibliotecas nutridas de muchos y valiosos volúmenes. El declive hidalgo contrasta con el ascenso de los villanos ricos; acaparadores de tierras, rebaños y cargos municipales; inversores de excedentes en caserones y molinos.

La decadencia del arquetipo la encarnó el escudero del Lazarillo de Tormes, investido de hábito raído, estómago vacío y bolsa sin blanca. Y la corroboramos en las *Relaciones Topográficas* de Felipe II, las cuales, en palabras de Noël Salomón, "nos dan a entender que la fantasmal silueta de este personaje continuaba paseándose por las calles de más de un pueblo de Castilla la Nueva hacia 1575-1580". En la historia, muere el mito del aristócrata lugareño. En la literatura, se echa a los caminos.



Aventura del cuerpo muerto, grabado de D. Martínez para ilustrar una edición del *Quijote,* Barcelona, 1859.

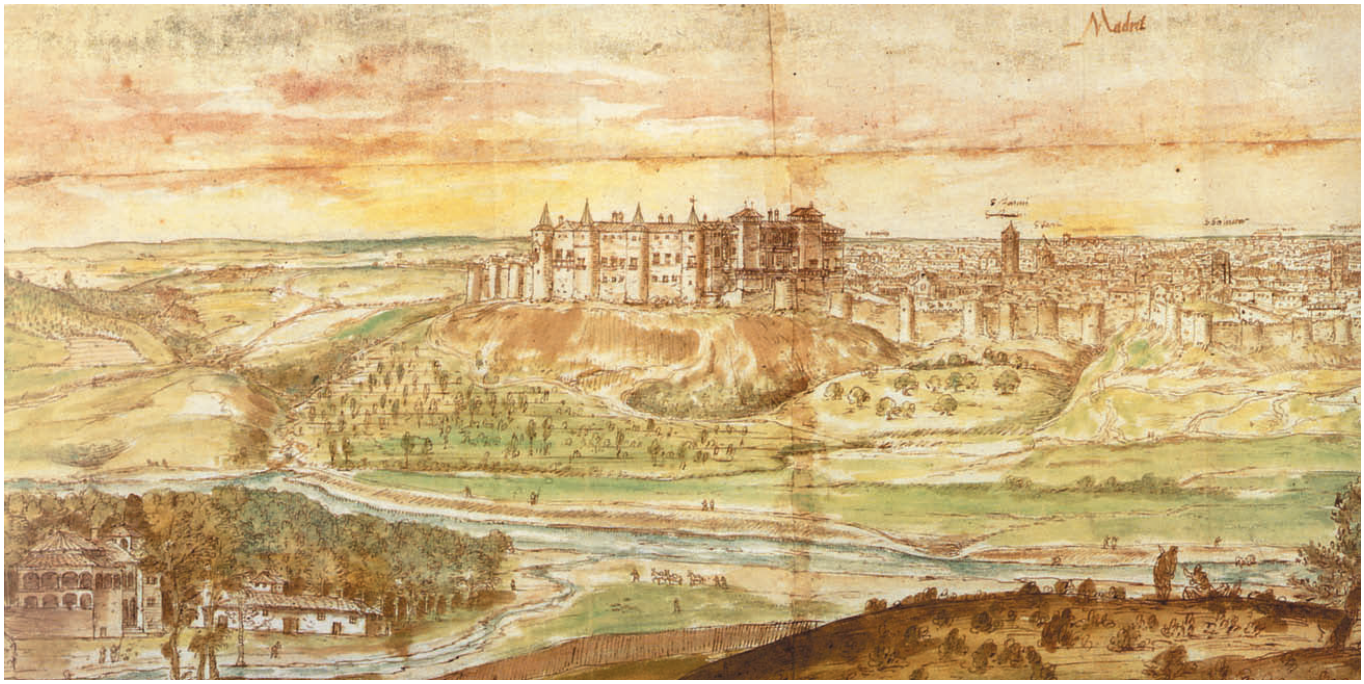
Cambio de oficios

Don Quijote y Sancho mudan de ejercicio: uno trueca la ociosidad por la caballería; el otro, el beneficio de la labranza por el oficio escuderil. Pero para profesar en la orden elegida, para librar singulares batallas, renuncian a una derrota a rumbo fijo. Cuando salen al Campo de Montiel, lo hacen a su ventura. Al punto, que la ruta no la trazan los protagonistas, sino la voluntad de Rocinante. Luego, la sociedad de los caminos que se la va presentando al lector será fruto del azar de los encuentros, que es como decir del antojo del escritor. Y el ingenio de Cervantes dibuja un universo personal, en el que residen los tipos aldeanos que conoció en su breve estancia en Esquivias, pero, sobre todo, los viajeros con los que se cruzó durante sus luengas labores recaudatorias a través de Andalucía.

Al pasado de estos personajes incorporará las vivencias de su periplo juvenil por el Mediterráneo. Esto hace del *Quijote* lo que Mijail Bajtin denominó una "novela polifónica". Porque alberga un mundo rural en el que rigen las jerarquías estamentales, abundan los trabajos andariegos y desafinan las diferencias entre ricos y pobres. Las luces universales y las sombras locales del Imperio español.

No obstante, este paisaje social no es tan rígido como algunos han querido ver, sino que está lleno de matices. Conviene recordar que, según la definición del *Diccionario de la Real Academia Española*, la voz "campesino" se refiere a lo que es propio del campo, así como a todo habitante del mismo. Sólo que ya en la España del Siglo de Oro, merced al recurso peyorativo que a veces emplea el lenguaje oficial, se identificaba a los campesinos con los villanos. No obstante, si ordenamos estamentos y profesiones de acuerdo a los sectores económicos, la sociedad que se avecinda en el *Quijote* resulta más compleja y móvil que la ideología basada en la dualidad de estados privilegiados y pecheros.

De este modo, dentro de la agricultura, hallamos en la cúspide a los grandes títulos, propietarios de tierras y señores de vasallos. Muchos de ellos se



Vista de Madrid en 1562, con el Alcázar real en primer plano, por Anton van Wyngaerde, Viena, Biblioteca Nacional de Austria.

habían convertido en absentistas, emigrando a los palacios de la Corte, donde vivían de sus rentas. Pero otros permanecían en sus señoríos, en calidad de terratenientes que gozaban del bienestar propio de su rango, como encarnan el duque andaluz Ricardo, padre del seductor de Dorotea, y la pareja de malandrines duques aragoneses que agasajan a Don Quijote y Sancho para burlarse de ellos.

Hidalgos pobres

En medio quedaban los caballeros, que basaban su poder y prestigio en la riqueza generada por sus tierras, del tenor del hijodalgo rico Grisóstomo y del joven don Luis, que finge ser mozo de mulas para seguir a su amada. Peor lo estaban pasando los hidalgos, empezando por nuestro Alonso Quijano "El Bueno", quienes, a pesar de la exención de impuestos, llevaban una existencia pobre y estéril. En esta escasez, el padre del capitán cautivo guía a sus hijos en los caminos para ascender mediante el refrán: "Iglesia, o mar, o casa real". Porque sólo las profesiones de militar, eclesiástico y letrado permitían al plebeyo alcanzar nobleza, al hidalgo ganar dignidades y al pobre salir de su penuria.

Pero abundan más en la vida rural del *Quijote* los labradores, propietarios de alguna yunta, que cultivan sus tierras, toman en arriendo otras parcelas y apacientan sus ganados. Sin embargo, aún compartiendo una misma categoría de pecheros, los villanos ricos que protagonizan nuestro teatro áureo se contraponen a los pequeños campesinos. Unos conforman una sólida clase media de la que salen las oligarquías locales: el padre del bachiller Carrasco, que puede pagar los estudios universitarios de su hijo; Juan Haldudo, el amo de Quintanar de la Orden que azota al mozo por descuidar su rebaño, o Camacho "El Rico", cuya fortuna allana el enlace entre linajes desiguales y costea una boda pantagruélica. De la influencia de este grupo se hacen eco las Cortes, reunidas en Madrid en 1624: "(...) que, como es notorio, los lugares que llaman de Mancha, que son los del priorato de San Juan, sustentan con su labranza y crianza mucha parte de estos Reinos, así por la fertilidad de las tierras como por los grandes y caudalosos labradores que hay en ellas..". Otros, personificados en las figuras de Sancho Panza y de la propia Aldonza Lorenzo, la Dulcinea de carne y hueso, trabajan de sol a sol y buscan el jornal en pueblos vecinos. Esa plebe del campo malvive afanada en labores embrutecedoras, de las que son partícipes su mujer e hijos, y a la que un día la aventura caballeresca les ofrece la oportunidad para escapar de la miseria. En cambio, hasta esta ilusión está vedada a las pobres gentes que son los jornaleros, los cuales sólo pueden vender su fuerza de trabajo para subsistir.

Esta graduación agrícola evidencia el paso de la economía cerrada a la monetaria, la remoción social acaecida en el agro castellano, la sustitución de los valores tradicionales por los modernos del capital. En esta dialéctica se mueven

Prostitutas, hebreos y moriscos

En su patio trasero de la sociedad de los caminos, vivían los marginados. Una cosa era la pobreza de solemnidad, a la que los buenos cristianos atendían mediante limosna y beneficencia, y otra el desempeño de oficios viles y mecánicos, la prostitución en ventas y mancebías, y, sobre todo, la pertenencia a religiones infieles, como les sucedía a hebreos y moriscos, estos últimos en pleno trance de expulsión. De resultas de estas manchas paganas, en la "república católica", cuya ideología se sustentaba en el honor y la honra, los súbditos saludables esgrimirán la limpieza de sangre para fortalecer su enjundia de cristianos viejos.

el caballero y el escudero. Don Quijote desea mantener una relación vasallática con su sirviente, la cual sería premiada mediante mercedes, tales como la gobernación de la ínsula Barataria. Por el contrario, Sancho ansía asegurar una relación laboral con su amo, por lo que reclama un salario del que procura llevar buena cuenta. El guerrero busca la gloria. El pobre labriego se conforma con sacar a su hogar del hambre. Aunque a veces el criado se deje llevar por el delirio de su señor para soñar en casar a su hija "con quien me dé nietos que se llamen señoría".

Oficios frente a títulos

Es la espera de la mejora generacional. Entre tanto, a falta de títulos, buenos son los oficios. Pues, además de la labranza, La Mancha vivía de la ganadería y del comercio. En el sector pecuario, hallamos acaudalados propietarios de cabañas estantes, que compaginaban el cultivo y el pastoreo. Por su parte, los grandes ganaderos trashumantes residían en Madrid, marchando a extremos sus cabañas por cañadas y puertos reales que atravesaban la región de parte a parte. Ahora bien, en el *Quijote* y en el conjunto de la obra cervantina, se mezclan pastores auténticos y fingidos.

Los pastores fieles a la realidad se concretan en ese transterminante que carea su hato por la jurisdicción de las Órdenes Militares, aquel cabrero que busca yerbas frescas en Extremadura, la majada de Sierra Morena que sirve de auditorio para el discurso de la Edad Dorada y la aventura del tropel de toros que arrolla a los trotamundos. Pero, sobre manera, se hace épica en el episodio donde el Caballero de la Triste Figura, lanzón en ristre, alancea a dos rebaños migratorios, al confundirlos con sendos ejércitos prestos a batirse en la llanura. Pasajes pastoriles que nos hablan del ciclo estacional de la granjería merina que tutelase el gremio de la Mesta.

La gran llanura manchega convocaba a una población ambulante de mercaderes, arrieros, galeotes y viajeros principales

También menudean por igual los pastores fingidos. Suelen ser jóvenes aristócratas, que lamentan un amor despechado en la soledad de los prados, abandonando por un tiempo su linaje para disfrazarse de hermosas zagalas y gallardos rabadanes. Las escenas bucólicas en las que participan caballeros y damas se suceden en el cuento de Marcela, las zagalejas libres del tiempo dorado, o la voluntad postrera del caballero vencido y de su escudero en dedicarse al pastoral ejercicio. A tal efecto, cambiarían sus nombres por Quijotiz y Pancino, adentrándose en los bosques; endechando aquí; bebiendo en limpios arroyuelos allá; dándoles Apolo versos y el amor conceptos que les harían eternos y famosos en los venideros siglos.

El propio Cervantes hará prevalecer el original rústico sobre el artificio ideal, cuando en su novela *El coloquio de los perros* (1613) ironice acerca de los pastores literarios, "por donde vine a entender lo que pienso que deben de creer todos: que todos aquellos libros pastoriles son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna". Para entonces se estaba imponiendo la imagen prosaica de la ganadería. Los textos diferenciaban las categorías del propietario semoviente y del pastor asalariado. Y en el género de *La adoración de los pastores*, los maestros pintaban a unos guardeses de ganado astrosos y empobrecidos, a los que apenas llegaban las divisas de

Figuras y figuraciones del Quijote

Obra total, cuyo contenido se proyecta más allá de sí mismo, el *Quijote* no menos vive en las páginas de los volúmenes que desgranan su historia inmortal, cuanto en sus proyecciones y en sus fantasmas. Tanto está vivo en sus ediciones como en sus figuras y diversas figuraciones. Sus dominios y su potencialidad imaginaria han escapado finalmente de las prisiones de la letra, y puede decirse que hace tiempo que "campean" y se muestran en un vastísimo conjunto de objetos cotidianos, revelándose como una suerte de arquetipo y archiimagen nacional.

De ahí la oportunidad de un libro como el que nos ocupa. De ahí, precisamente, la idea de conformar un *Álbum del Quijote*. Un libro que indaga la sutil y efectiva penetración de la imagen del *Quijote* en el inconsciente nacional; un texto que registra hasta dónde ha podido llegar en su despliegue la plástica imaginaria de esta creación de creaciones y verdadera enseña y fetiche nacional.

Con un despliegue de ingenio, amenidad, el historiador Pedro García ha dispuesto este álbum en la forma de una antología de miradas en torno a las "imágenes pobres" y cotidianas de la genial novela. El objetivo final es ilustrar 107 apariciones sorpresa de la vieja historia en el mundo de hoy. Pero para llegar a esas 107 imágenes sorpresivas, el libro recorre los caminos que a ellas conducen. Completando todo el conjunto con un estupendo prólogo de Andrés Trapiello, y de otros colaboradores, que nos acercan las dimensiones plásticas que ha generado la creación cervantina en su trayecto por la historia de su recepción, el *Álbum del Quijote* se presenta como el potente ejemplo de un modo de historiar que, con fuerza y autoridad, pone ante nuestros ojos de hoy las imágenes vivas del ayer.

Fernando R. de la Flor

Pedro García Martín
Álbum del Quijote, iconos cervantinos en el cuarto centenario de su impresión
Tocina (Sevilla), S&C, 2004,
215 págs., 47 €

los apreciados vellones merinos. En cuanto al resto de actividades materiales, los pueblos manchegos contaban con artesanos, tenderos y buhoneros que abastecían el mercado local. Mas el carácter de tierra de paso de su inmensa llanura convocaba a una población ambulante: mercaderes toledanos que van a comprar seda a Murcia, arrieros yangüeses de regreso a Soria, galeotes forzados a cumplir su condena y viajeros principales.

Y es que en la cosmovisión cervantina, peregrina hasta su biblioteca, dispersa entre el escrutinio de la librería de Don Quijote, la lectura del *Curioso impertinente* que guardaba el ventero y el autoelogio de *Rinconete y Cortadillo*. Decíamos que, si la condición del caballero era hidalga, su ejercicio era andante; si la casa solariega, su fama, universal. Todo lo cual evidencia la vitalidad de la que hemos dado en llamar la sociedad de los caminos.

El mundo rural del *Quijote* reflejaba a escala de Castilla la Nueva la complejidad de la sociedad española. La unidad en la persona real y en la fe católica convivían con la variedad estamental, y, aun hablando sólo de cristianos viejos, se sucedían las oposiciones: campo y ciudad; hombres y mujeres; vivos y muertos; la dicotomía entre linajes e individuos que a cada paso rememora Don Quijote; las diferencias entre ricos y pobres, que tanto atosigan a Sancho. Un panorama social abigarrado que podemos calificar, como hace la propia pluma cervantina, mediante los términos pictóricos de "sombras y lejos".

La Virgen vestida de gitana, por Luis de Morales, muestra los típicos tocado, manga, cuello y puños del vestido de las gitanas, en la segunda mitad del siglo XVI, Madrid, colección particular.

Guerra entre letras y armas

Pues bien, entre los discursos que desliza el autor por boca de sus personajes, desde las edades clásicas a la nobleza de la virtud, desde la naturaleza libre del hombre a la igualdad en la discreción, plantea en primera persona la contienda entre las armas y las letras.

El hidalgo que profesaba en la orden de la caballería andantesca se identificaba más con el arte militar que con la profesión literaria. A Don Quijote, dos poderosas razones le mueven a ello: la función guerrera que hereda de sus antepasados medievales, los bellatores, y la idea de Cruzada que renace en el pulso entre los Imperios hispano y otomano. La primera era calidad intrínseca del estado aristocrático, de acuerdo a la tratadística del momento, como afirmaba Marco Antonio Camos: "(...) el fin principal de la hidalguía es la defensión de la santa fe cathólica, de su Rey, y de su República". El de la Triste Figura suscribirá estos valores cuando tenga que enunciar las razones por las que se debe empuñar la espada. La segunda, la "guerra santa", se incorporó a los libros de caballerías, nada más terminar la Reconquista, en las Sergas de Espladián. Además, Túnez, Malta y Lepanto son hitos inseparables de la vida y escritos de Cervantes, hasta el punto de quejarse en la segunda parte del *Quijote* de que Fernández de Avellaneda le había motejado en su apócrifo de viejo y manco, como "si mi manquería hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos". Por fin, la influencia de la *Gerusalemme liberata* de Torquato Tasso, enmarcada en el orto de la Contrarreforma, se hizo notar en nuestros autores barrocos, muchos de los cuales pasaron a cultivar el discurso cruzado.

Sin embargo, aunque le pesase al escritor, ese equilibrio entre la péñola y el acero se estaba rompiendo en la España del Siglo de Oro a favor de las letras. Pero no entendidas como literatura, de la que casi nadie podía vivir, sino en tanto estudios universitarios que abrían las puertas de las prelacías y los consejos, de los tribunales y los colegios mayores. Por contra, en la milicia, sólo la alta burocracia recibía su soldada con regularidad, al tiempo que el ejército permanente iba sustituyendo a las mesnadas, la logística y la estrategia a los combates singulares, la artillería a la caballería. En esta mudanza de valores, declinará el paladín ante el nuevo señor de la guerra, como ha filmado magistralmente Ermanno Olmi en *Il mestiere delle armi* (2001). En esta película, los combatientes rivales, el *condottiero* papal Giovanni de Médicis y el general imperial Zorzo Frundsberg, ya no se miran a los ojos en el fragor de la lucha; les distancian las armas de fuego en el campo de batalla; les hacen impersonales las máquinas.

Mal, pues, pintaban las cosas para un hidalgo, en su rareza manchega, que acababa de profesar en una orden militar tan esforzada como poco agradecida, como era la de la caballería andantesca. Peor lo hacían para un autor que, a pesar del éxito tardío, seguirá pasando estrecheces hasta su muerte callada en lo que entonces era la capital del mundo. Empero, de alguna forma, creador y criatura sobrevivirán en efigie, entronizados en el Parnaso de la literatura universal. En cambio, el paso del tiempo ha ido apagando las luces, alargando las sombras, de nuestra entrañable sociedad de los caminos. ■

Bajo el signo de la CONTRA

La religión socorrida por España, de Tiziano, 1571, es una conmemoración de la victoria de la Santa Liga sobre el turco en la Batalla de Lepanto (Madrid, Museo del Prado).

RREFORMA

La religiosidad que aflora en la obra cervantina es la de las procesiones, el culto a las reliquias, las apariencias, la Inquisición. **Ricardo García Cárcel** indaga en los valores de aquel notario de la crisis que fue Cervantes, testigo de la sustitución de la ética del honor por la de la necesidad

Cervantes perteneció a la generación intermedia entre el Renacimiento y el Barroco. Nació en pleno crepúsculo vespertino renacentista y murió cuando el Barroco se desperezaba en todo su esplendor. Su larga vida, para la expectativa de la época –muere a los 69 años–, se encabalga entre dos generaciones. Nació siete años después de la muerte de Luis Vives y seis años después de la de Juan de Valdés.

El año que nació Cervantes morían Francisco de los Cobos, el eficaz secretario de Carlos V, y Hernán Cortés, el héroe épico por excelencia. Morían también Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra. Carlos V ganaba la Batalla de Mühlberg a los protestantes. La Reforma se hundía. Avanzadilla de la formidable generación de los grandes literatos del Siglo de Oro, la de los Lope, Guillén de Castro, Góngora y Quevedo, nacidos todos ellos después de Trento y la Contrarreforma y, al mismo tiempo, retaguardia de la generación que había nacido en torno al movimiento de las Comunidades y las inquietudes reformistas, de los Fray Luis de León, Huarte de San Juan y Teresa de Jesús.

A caballo de dos mundos culturales muy distantes, Cervantes estuvo más cerca del segundo que del primero Y ello porque su producción literaria, como es bien sabido, es muy tardía. Se perdieron sus primeras obras –exceptuando *El Trato de Argel* y *La Numancia*, conservada en copias del siglo XVIII– y de hecho su éxito no llega hasta que en 1604 –cuando tenía 57 años– se instale en Valladolid, poco después de establecerse la Corte en esta ciudad.

Aquí concluye su primera parte del *Quijote*, que se publicaría en el año de 1605. Valladolid era entonces un foco cultural increíble. Allí estaban Quevedo, Góngora, Salas Barbadillo, Artieda, Vélez de Guevara, Suárez de Figueroa, Dantisco, Lasso de la Vega, Espinel, Argensola... Pronto volvería Cervantes a Madrid con la Corte y, desde 1613 a 1615, se publican sus *Novelas ejemplares*, su *Viaje del Parnaso*, la segunda parte del *Quijote* y sus *Ocho comedias* y *Ocho entremeses*. El Cervantes de la literatura es, por tanto, el viejo Cervantes, un hombre muy experimentado, del que hasta puede decirse que había vivido demasiado en el momento de ponerse a escribir.

Cervantes fue un escritor atípico, no sólo por su calado sino por su propio perfil. No respondía a ninguno de los tipos de escritores que Noël Salomon estableció en la España del Siglo de Oro: los escritores aristócratas, para quienes tomar la pluma era un arte noble del espíritu, un lujo en su existencia social palaciega, tipo marqués de Santillana o Garcilaso; los escritores clérigos, amarrados al siempre rentable oficio eclesiástico como tantos otros; los escritores cronistas al servicio del rey, modelo Cabrera de Córdoba o Garibay; los escritores artesanos; los escritores de mercado, tipo Lope de Vega.

Fue un escritor que desembarcó en la literatura desde la desventura vital. En este sentido, tiene mucho parecido con dos literatos que nacieron el mismo año que él: Mateo Alemán y Juan Rufo, también, como él, con mucha vida a cuestas, aunque la metabolizaron de una manera muy distinta. Mateo Alemán

Altar de reliquias, con el díptico de *La Anunciación*, de Federico Zuccaro, 1586 (Monasterio de El Escorial).

Ricardo García Cárcel es catedrático de Historia Moderna, Universidad Autónoma de Barcelona.

Curación milagrosa de una endemoniada, pintura mural del claustro del Monasterio de Guadalupe, comienzos del siglo XVII.

creó un pícaro, el *Guzmán de Alfarache* como un ejercicio de realismo social, el fruto de la impregnación del tiempo que le tocó vivir. Rufo –que, en realidad, se llamaba Juan Gutiérrez– optó por todo lo contrario. Escribió *La Austríada* como un ejercicio de nostalgia pura y dura, de los tiempos gloriosos de los Austrias en plena decadencia. Cervantes hizo el *Quijote* para abrir una tercera vía entre el idealismo y el realismo.

Transición, cambio, mudanza

Cervantes es un representante arquetípico de una cultura de transición, de cambio, de mudanza. Representante y notario de ese tiempo de dudas y de crisis. No entraré aquí en el debate entre los cervantistas-historiadores que consideran que el *Quijote* es un reflejo estilizado del mundo real, una representación de la España de su tiempo, siguiendo las pautas que van de Morel-Fatio a Vilar, en su ya clásico *El tiempo del Quijote*, enfrentados a los cervantistas-literatos que defienden, ante todo, que los personajes de Cervantes son autónomos literariamente hablando, que deben sólo ser interpretados en el marco de la creación y no en el de la representación histórica. Creo que ambas concepciones son compatibles y conjugables. Pero no puedo evitar, como historiador, apasionarme por el tiempo del *Quijote* en tanto que tiempo de Cervantes, por la cultura del *Quijote* en tanto que trasunto de la de su creador.

Ciertamente, el hombre Cervantes está dentro de su obra. ¿Y qué podemos decir de la cultura de Cervantes a partir del *Quijote?* Según Anthony Close, hoy ya no es creíble la imagen que trazó Menéndez Pelayo de un Cervantes "inconscientemente genial e intelectualmente vulgar". Tras muchos años de castrismo intelectual –el de don Américo– que le atribuía a Cervantes una inteligencia superior, un vaivén entre el trascendentalismo y el materialismo y el escepticismo y la hipocresía, parece imponerse la idea de una educación humanista de Cervantes a nivel preuniversitario teñida de autodidactismo –con notable influencia de la *ratio studiorum* de los jesuitas–, que acoge un amplio abanico de registros con una deslumbrante capacidad de asimilación y síntesis.

El pensamiento de Cervantes, ciertamente, es alambicado y se adapta mal al simplismo interpretativo al que somos tan dados. Sin ir más lejos, Vargas Llosa lo acaba de convertir en el arquetipo liberal. Anthony Close ha explorado alguna de sus peculiaridades: fusión de la concepción neoplatónica del amor con la teología cristiana que afirma la santidad del matrimonio y la bondad de los instintos naturales, siempre que éstos estén sujetos al precepto religioso y a la razón, gusto por la armonía y la proporción en el ejercicio de sus emociones, la ironía que administra bien la tendencia al ensimismamiento, el impulso fantaseador y de vanagloria, características que, sin duda, eran tan propias de Don Quijote como de Cervantes, la concepción providencialista compensada con una actitud racionalista que halla la virtud en un término medio entre el exceso y la deficiencia, repudio de la injusticia, la crueldad y la venganza, reservas respecto al código del honor...

¿Hay, como quiere Castro, un deslizamiento de Cervantes desde un presunto inconformismo e irreverencia a un moderantismo y renuncia a la marginación social? Evidentemente, Cervantes, según Close, buscó el equilibrio, la armonía, la moderación entre las diversas fuerzas en juego. Todas sus ficciones son "odiseas cuyo fin ejemplar es llevar a los protagonistas al descubrimiento de la verdad, el conocimiento de uno mismo, el temor de Dios, la superación del engaño mediante el uso de la razón". No hubo dos Cervantes, el progresista y el conservador. Hubo un solo Cervantes, a caballo de dos mundos en plena transición de un sistema de valores a otro. Cervantes vive a este respecto la sustitución de la economía feudal, rural, por la economía dineraria.

El triunfo de Don Dinero

Ya lo decía Sancho, "dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener". El pago en dinero sustituye a las viejas mercedes, como muestran Sancho y sus reivindicaciones salariales, frente a la concepción de la relación vasallática de Don Quijote.

También había cambios en la cultura cortesana. Aquel lenguaje de la cortesía y la urbanidad cristiana del buen cortesano de Castiglione, aquella simbiosis de la práctica militar y militante confesionalidad, aquella pretendida sofisticación del gusto y del ingenio, fueron desbordados por la presión de una coyuntura hostil que sólo propiciaba el aprendizaje de la corrupción. La doctrina moral del tacitismo lo barre todo. Triunfan los políticos frente a los juristas. El patronazgo político se impone al derecho. Es la nueva cultura del *parvenu*, beneficiario de la especulación de granos, revendedor de cargos, comprador de títulos o de señoríos frente a la vieja promoción social sólo encarnada vía Iglesia, vía aventura americana, vía burocracia real. La dicotomía armas-letras se rompe. El poder se transfigura. El linaje cuenta menos, porque se falsifica. La picaresca se impone y la imaginación se amplía hasta el infinito, porque todo lo que no es poder es marginación. La ética de la necesidad triunfa sobre la ética de los principios.

Es la época de la segunda Contrarreforma, la del jesuitismo barroco que abrirá paso a Gracián. Es el momento

Aula universitaria, de Martín de Cervera, muestra una clase en la Universidad de Salamanca, en 1614.

dorado de la "fábrica de santos". Es la épica de los primeros tirones de la liberación de la mujer, de lo que Cervantes es buen notario. El honor que parte del supuesto concepto patrimonial de la mujer por parte del hombre-padre o del marido hace aguas. Cervantes, en *El celoso extremeño*, ya redime al adulterio de la penalización en el supuesto legítimo del matrimonio sin amor del viejo con la joven. Cervantes hace que los maridos ultrajados en su honor acaben perdonando a sus esposas. Sus reservas al código del honor son explícitas, por más que no deje de reconocer que el deshonor equivale a la muerte social y subraya la necesidad de evitar el escándalo.

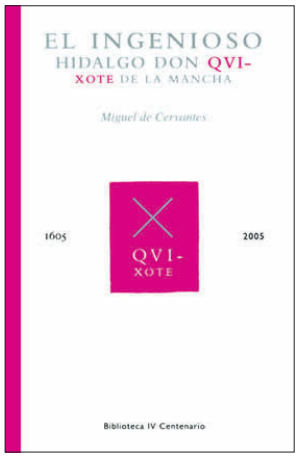
La autonomía de la mujer queda perfectamente enunciada por Preciosa, la gitanilla de Cervantes: "Sepa que conmigo ha de andar siempre la libertad desenfadada, sin que la ahogue ni turbe la pesadumbre de los celos". El mundo de la pareja, tal y como lo había diseñado Fray Luis de León en *La perfecta casada* se rompe. Fracasa la programación funcional de la mujer y se dispara la fuerza liberadora de ésta. Aparece la mujer fuerte, y se contrapone el amor y el matrimonio, apostándose cada vez más por el primero.

Época de fracaso de héroes, de fin de la utopía, de sueños frustrados. Al final, el despertar amargo: "Con la Iglesia hemos dado, Sancho". La Iglesia de la

Actos, conmemoraciones y ediciones del Quijote

La Comunidad de Castilla-La Mancha ha organizado una programación cultural a propósito del IV Centenario del *Quijote* en torno a cuatro ejes: espectáculos, exposiciones, publicaciones y una ruta turística.
Los espectáculos incluirán conciertos, el *Festival Quijote* –con la puesta en escena de 30 obras teatrales y de danza– y colaboraciones con el Festival de Teatro Clásico de Almagro, que este año se vinculará a la obra cervantina. En total, se alcanzará el número de 700 representaciones.

Entre las principales exposiciones destacan *Don Quijote. La sombra del caballero*, que mostrará unas 200 obras alusivas al mundo de la caballería en el Palacio del Infantado de Guadalajara, desde este mes hasta mayo; *La Mancha del Quijote*, de carácter etnográfico, se ordena en torno a siete grandes temas de la vida cotidiana de Cervantes y se expone en el Auditorio de Puertollano, de



febrero a septiembre; *Don Quijote en la cerámica* mostrará la iconografía generada por la obra en la cerámica tradicional y se mostrará en el Recinto Ferial de Talavera de la Reina, de marzo a septiembre; *Don Quijote en el arte contemporáneo*, en el Museo Provincial de Albacete, de mayo a septiembre; *El arte en la época del Quijote*, en el Antiguo Instituto de Enseñanza Media de Ciudad Real, de septiembre a enero de 2006, y *Dalí y el Quijote*, en la Casa Zavala de Cuenca, de noviembre a enero de 2006 son otras de las principales exposiciones del programa.

Una de las acciones más importantes es la campaña *Un Quijote, un euro*, que va camino de superar el millón de ejemplares de la edición patrocinada por la Junta de Castilla-La Mancha, y a la que se ha sumado nuestra revista, que incluye con este número un ejemplar del *Quijote*, gratuito para nuestros lectores.

Por último, la *Ruta de Don Quijote* unirá a 145 municipios de la región, a lo largo de 2.500 kilómetros, en lo que constituye el mayor corredor ecoturístico y cultural de Europa.

Contrarreforma. Sancho afirma tajantemente que "creo firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana y el ser enemigo mortal, como lo soy, de judíos". Y Don Quijote expresa: "Nuestras alas no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos".

Inquisición y lenguaje

El indicador más visible de los tiempos contrarreformistas que le tocó vivir es la imagen de la Inquisición que se vislumbra en múltiples pasajes. El vocabulario alude con frecuencia al lenguaje inquisitorial –sambenito, hereje, infame, dogmatizador, secta mala, razones endiabladas, auto general, auto público, quemar–. La religiosidad, según Redondo, que emana de la obra cervantina es la típicamente contrarreformista: procesiones, exhibiciones de la imagen de la Virgen, ceremonias y ritos, devoción por las reliquias, crédito de los saludadores, antiintelectualismo, pedagogía y milagros, culto a Santiago... Cervantes no juzgó nunca la expulsión de los moriscos. Ni participó de la moriscofobia de los Bleda, Fonseca, Aznar Cardona, Águila y tantos legitimadores de la expulsión ni de la moriscofilia de Pedro de Valencia, Sobrino, Casas, los obispos Pérez o Esteban... Sus simpatías o antipatías las vierte hacia individuos, nunca hacia colectivos.

Cultura, insistimos, la de Cervantes, de transición asimétrica más cerca del punto de llegada que del de partida, que él resolvió mediante el ejercicio de la dualidad realidad-representación. Su literatura refleja permanentemente el contraste entre la función social en el teatro del mundo y la auténtica realidad pura y dura, la contradicción entre el engolamiento de los roles sociales y la pobreza de las identidades personales, la frustración permanente entre la representación escénica (parecer) y la realidad humana (ser).

Toda la obra de Cervantes –y, en particular, sus *Entremeses*– reflejan el ejercicio de la hipocresía que se esconde tras las pompas de la apariencia y la ficción. Las trampas de la apariencia tienen vida corta y el precipitante de la duda acecha siempre. La relatividad de lo subjetivo termina hundiendo el presunto consenso de la opinión "monstruosa y avasalladora" que, como dice Américo Castro, tanto agobiaba a Cervantes, un relativista convicto al que nunca le gustó la realidad que vivió y que tuvo siempre claro, como T. S. Eliot tres siglos más tarde, que "el género humano no es capaz de soportar una dosis excesiva de su propia realidad" y que, como tantos otros en su tiempo, se refugió en la literatura para inventarse realidades alternativas.

Miniatura procedente de la **Ejecutoría de Hidalguía** de Alonso González, vecino de Madrid, otorgada en 1613 en Valladolid.

Una literatura que juega con la historia poniéndola al revés, subrayando su inverosimilitud. Como ha recordado Vicente Llorens, que un virrey de Cataluña acoja en casa a un morisco expulso que ha vuelto a España clandestinamente, como ocurre en el capítulo LXV de la segunda parte, es de todo punto imposible. Como lo es que un morisco, víctima de la expulsión, apruebe y alabe la heroica resolución de las autoridades españolas. ¿Lo hace para halagar al poder? Lo hace para satisfacer la demanda de un mercado que se aferraba al irrealismo. "Procurad también que leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el pudiente deje de alabarla", dice Cervantes en el prólogo del *Quijote*.

Cervantes, ante todo, quiso agradar a sus lectores. Necesitaba ser querido. Le preocupaba mucho su imagen pública. Muchas de las contradicciones internas de su pensamiento pueden explicarse en función de esta obsesión por no herir a nadie en una España patológicamente hipersensible. Tengo la impresión que la obra cervantina se mueve permanentemente entre las presiones del poder y el estímulo del mercado. Sin este último, sin el sueño de ser como Lope, es difícil entender plenamente a Cervantes. ■

Las lecturas de Cervantes

Entre las lecturas de Cervantes, estarían la poesía de Garcilaso y los grandes poetas italianos, la *Celestina* (1499), el *Lazarillo* (1554), el *Guzmán de Alfarache* (1599, 1604), *La Araucana* (1569), *Orlando furioso* (1516), el *Tirant* (traducción castellana de 1511), la *Diana* de Montemayor (1559) y la de Gil Polo (1564), todo Lope, *El Galateo* de Dantisco (1586), los *Diálogos de amor* de León Hebreo, Fray Antonio de Guevara, la *Silva* de Mejía... No faltaría la cultura clásica de los Cicerón, Terencio, Virgilio, Ovidio, Séneca, Salustio, Luciano, Apuleyo y Esopo.

PARA SABER MÁS

Bartra, R., *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*, Barcelona, Anagrama, 2001.

Bernis, C., *El traje y los tipos sociales en El Quijote*, Madrid, Ediciones El Viso, 2001.

Díez Borque, J. M., *La vida española en el Siglo de Oro, según los extranjeros*, Barcelona, El Serbal, 1990.

Domínguez Ortiz, A., "La España del Quijote", en *Miguel de Cervantes: Don Quijote de La Mancha*, Barcelona, Crítica, 1998, Edición del Instituto Cervantes, dirigida por Francisco Rico, I, LXXXVII-CIV.

García Martín, P., "Vestir el Siglo de Oro", en ***La Aventura de la Historia***, núm. 51, enero 2003.

–*La péñola y el acero. La idea de Cruzada en la España del Siglo de Oro*, Sevilla, S&C Editores, 2004.

Salazar Rincón, J., *El mundo social del Quijote*, Madrid, Gredos, 1986.

Trapiello, A., *Las vidas de Miguel de Cervantes. Una biografía distinta*, Barcelona, Península, 2001 (1ª ed. 1993).

Vilar, P., "El tiempo del Quijote", en el libro de Carlo M. Cipolla, John Elliott y otros, *La decadencia económica de los Imperios*, Madrid, Alianza, 1999.